

# ÉL (Che Guevara)

## PERSONAJES

Por orden de aparición:

CURA.- Cincuenta y cinco años.- Sotana negra.

CORONEL.- Misma edad que el anterior- Uniforme de "Ranger".

PEDRO.- Dieciocho años.

EL PADRE. - Cincuenta años.

ÉL.- Comienza con veinticuatro años; termina con treinta y nueve.- En el hospital viste como médico leproso.

ADMINISTRADOR.- Entre cuarenta y cuarenta y dos años.- Viste como médico.

DIRECTOR.- Entre cincuenta y cincuenta y dos años. Viste como médico.

GRUPO DE LEPROSOS.

EL JEFE.- Veintiocho años en su primera aparición; cuarenta y uno, en la última.

PRIMER HOMBRE.- Entre veintidós y veinticinco años.

SEGUNDO HOMBRE. - Idem.

TERCER HOMBRE. - Idem.

CUARTO HOMBRE.- Idem.

EL HERIDO.- Idem.

EL ORIENTAL.- Veinticinco años en su primera aparición; treinta y cinco en la última.

EL COMPAÑERO.- Entre veintitrés y veinticinco años.

PRIMER GUERRILLERO.- Idem.

SEGUNDO GUERRILLERO.- Idem.

TERCER GUERRILLERO.- Idem.

MENSAJERO.- Idem.

MARÍA.- Treinta y tres años en su primera aparición; treinta y cinco en la última.

EL MANBÍ.- Treinta y siete años.

EL CHOLO.- Treinta años.

SOLDADO.- Veintitrés años.

VIEJA.

1ER- SOLDADO, Veinticinco años.

2DO SOLDADO.- Idem.

ÉPOCA.- Más o menos, de los años 1952 a 1967.

**NOTA.**- Los laterales derecho e izquierdo son en relación al público.

"Dulcínea:  
tu nombre es Revolución".  
JEAN CAU

## CUADRO 1

(Al comenzar la lenta apertura del telón, se escucha el fragor de un trueno y se percibe la iluminación de un relámpago. La escena muestra una habitación de la parroquia. Hacia la izquierda, al fondo, de frente, una ventana permite ver los resplandores de la tormenta y la violencia de la lluvia.

Un inmenso crucifijo pende de la pared de la izquierda. Dándole la espalda, sentado en una de las sillas de una mesa dispuesta no lejos, escribe el Cura. A un extremo de la mesa hay una Biblia y un ejemplar del Quijote; al opuesto, dos esculturas en madera del Quijote y Sancho. Un quinqué encendido al centro.

Resuena un nuevo trueno. Casi de inmediato, se oye el repiquetear de cascos de una cabalgadura. Mira el Cura a la ventana. El repiqueteo de cascos se intensifica. Al hacerse ya muy próximo, cesa bruscamente. Instantes luego, percuten fuertes golpes dados a una puerta, fuera de visión, hacia el mismo lateral izquierdo. El Cura se levanta prontamente para dirigirse a ese punto).

CURA.- (En voz alta). ¡Ya abro! (Desaparece por el lateral izquierdo y se escucha manipuleo de llaves).

VOZ DEL CORONEL.- ¡Apúrese, por favor! ¡Estoy empapado hasta los huesos!  
(Se oye la apertura de la puerta).

VOZ DEL CURA.- Adelante... Pase.

VOZ DEL CORONEL.- Gracias... Lo molestaré hasta que mejore un poco este tiempo de mil diablos.  
(Momentos después, ingresa a la habitación del Cura, seguido por éste. Se seca cara y manos con un pañuelo, que vuelve a guardar en el bolsillo del pantalón de donde lo sacara, y se deja caer en la silla vecina a la de aquella que había ocupado el Cura).

CORONEL.- Perdón que me siento sin permiso: estoy rendido.

CURA.- Considérese en su casa... Descanse todo el tiempo que le sea necesario.

CORONEL.- Hasta que amaine la tormenta. Y ojalá que sea pronto: debo volver a mi cuartel lo antes posible.- (Se pone de pie, junta los tacones y extiende la mano en saludo). - Coronel Santana.

CURA.- (Estrechándosela).- Padre José Gómez, Cura de esta parroquia. (Soltándosela), Tiene usted la mano helada... ¿Quiere tomar algo para calentarse?

CORONEL.- ¡Eso no se pregunta!  
(El Cura desaparece por el lateral izquierdo. El Coronel, distraídamente, mira al crucifijo, pasa la diestra sobre las figuras del Quijote y Sancho y sobre los dos libros y da un vistazo rápido sobre lo que estuviera escribiendo el Cura).

CURA.- (Reingresando).- He pedido a Pedro, mi sobrino, que ponga a la mula de usted a cubierto y que nos sirva unos tragos.

CORONEL.- ¿Vive aquí su sobrino?

CURA.- Sí... (Ríe). Y, por si acaso, es realmente hijo de una hermana y no mío... Lo preciso porque a los curas de pueblo siempre nos achacan algún vástago.

CORONEL.- (Señalándolos).- Un crucifijo, la Biblia, el Quijote y las figuras de éste y de Sancho: un verdadero santuario.

CURA.- Añada usted un quinqué: su luz es la única que me permite escribir de noche: aún no me han instalado la corriente eléctrica.

CORONEL.- (Tomando lo escrito por el Cura).- Le confieso que me permití mirar esto. ¿Es suyo?

CURA.- Un pasatiempo de monje solitario... ¿Le ha interesado?

CORONEL.- Me intriga.- (Lee).

“¿Quijote o Sancho? ...

A cara o cruz...

Vaivén de la moneda ...

Vuelta y revuelta del Sino...

Cayó.

¿Cara o Cruz?

¿Quijote o Sancho?...

¡Ni cara ni cruz:

cayó de canto!

¿Ni Quijote ni Sancho?..

Da igual:

¡Quijote y Sancho!"

(Silencio. Ambos se miran con detenimiento).

CORONEL.- ¿En quién pensaba al escribir esto? (Señalando, consecutivamente, al crucifijo y las dos esculturas de

madera).- ¿En Cristo? ¿En el Quijote? ¿En Sancho?

CURA.- Quizá en ninguno... O en los tres, acaso.

CORONEL.-Eso resulta enigmático.  
(Silencio).

CURA.- Pensaba en alguien que tiene de los tres... y que es muy distinto... Pensaba en "Él".

CORONEL. - ¿En "Él"?... ¿En "Él"?

CURA. – "Él", sí; "Él" ¿Mito, leyenda, símbolo, emblema, ejemplo, médico, guerrillero, Ministro, taumaturgo, héroe, mártir, fantasma, hombre de carne y hueso, de sangre, de sudor, de agonía y llanto, aventurero, soñador, materialista, idealista, lanceador de molinos de viento, conquistador de islas y de pueblos, ángel o demonio, Quijote y Sancho, Cristo, en fin, otra vez crucificado?

(Los dos hombres se miran en silencio. Al cabo de unos segundos, se oye unos pasos. Ingresó Pedro con una pequeña damajuana y dos vasos, que coloca sobre la mesa, frente al Coronel y al Cura).

PEDRO. - Perdonen la demora: me costó llevar a la mula hasta el establo y tuve que trasegar el aguardiente desde el tonel hasta esta damajuana.- (La inclina sobre el vaso del Coronel y empieza a servirle. De súbito, bruscamente, pone el recipiente sobre la mesa y mira al Coronel con fijeza). Usted... ¿Usted es del Ejército?

CORONEL.- (Sorprendido).- Del regimiento de "Rangers".

PEDRO.- ¡De los "Rangers"! - (Pausa).- Yo he visto su cara en otro sitio... a unos diez kilómetros de aquí... en las alturas... cerca a este pueblo serrano.- (Escudriña el rostro del Coronel, con rabia y desparpajo).Sí, era usted: tengo muy presente su rostro, pese a que han pasado cinco años... Tenía yo trece, entonces - (Vuelve a coger la damajuana y colina el vaso del Cura). - A usted sí le sirvo, tío. - (Con un golpe seco pone el botellón sobre la mesa, ante el Coronel).- A usted jamás he de servirle.

CURA.- ¡Pedro: es un huésped!

PEDRO.- (Gritando).- ¡Es un asesino! ¡Yo lo vi allá, junto al cadáver, el día en que lo mataron a "Él".-(Acercó los puños ante el rostro del Coronel, lo contempla con odio y bruscamente da media vuelta y, corriendo casi, desaparece por el lateral izquierdo).

(Silencio.- Repercute un nuevo trueno y por la ventana se ve el fulgor de otro relámpago).

CORONEL.- (En tono bajo, como para sí mismo).- ¡Noche de perros! ¡Y justo tener que caer aquí!

CURA.- (Sirviéndole de la damajuana, hasta colmarle el vaso). - Beba usted: no es malo este pisco.

CORONEL.- (Luego de secar el vaso de un trago y señalando en la dirección por donde salió Pedro). -¡Qué tal cara! ¿Por qué me odia así?

CURA.- (Después de beber). - Debe usted excusarlo: mi sobrino es joven y los jóvenes...

CORONEL.- ... Los jóvenes conservan la pureza, no olvidan y, por eso, no saben perdonar.- (Pausa).-Pedro no se equivocó: yo estuve ese día en que recibimos la orden de hacerlo fusilar.

CURA. - ¿Fusilarlo a "Él"? ¿Fusilar sin juicio alguno a un hombre herido?.. ¿No es ésa simple orden de disparar... de matar?

CORONEL. - ¿Por qué se contuvo, curita? Usted quiso decir asesinar.- (Pausa).- Piense lo que quiera: usted es de cirio, incienso y sotana y yo de uniforme, pólvora y balas. Para usted es asesinar, para mí, fusilar. - (Pausa). - Pero asesinato o fusilamiento, crimen o acatamiento de una orden militar, ¿por qué por ello su sobrino me tiene que odiar?

CURA. - Ya le dije: es joven. Y para la juventud un hombre como fue "Él" se hace mito, objetivo, leyenda, relámpago para la oscuridad diaria, antorcha para la tiniebla del alma, fuego, resplandor, luz... Revolución.

CORONEL. - Al darle muerte lo convertimos en todo eso... ¡No lo sabía!

CURA.- Le dieron su cruz.

CORONEL.- (Como para sí mismo).- Forjamos un héroe... creamos un Cristo... Quizá hubiera sido más prudente conservarlo vivo.

CURA.- ¿No matarlo?.. Perdón, Coronel, ¿y el miedo de saber vivo a un hombre como "Él", a un hombre entero?

CORONEL.- (Sarcástico).- ¿No me resultará usted revolucionario o rojímio, padre?

CURA.- Soy historiador. Trato de descubrir la verdad, tan sólo.

CORONEL. - ¿La verdad? ¿Qué es la verdad, al fin y al cabo?-(Colma los vasos, sirviendo de la damajuana).- ¿Y quiere usted escribir la verdad sobre "Él", padre? ¿No le parece ingenuo? ¿No acaba de decirme que es un mito y leyenda?

CURA. - ¿Y acaso no hay verdad en ambos?-(Bebe, ensimismado). - ¿Son reales o falsos Cristo, el Quijote y Sancho?.. A "Él" lo comparo con ellos. ¿Fueron sombras, sueños, ficción, o entes de carne y sangre?.. "Él", en todo caso, fue un hombre... un hombre verdadero.- (Mira con fijeza al Coronel).- Y si lo vio morir, usted ha de saberlo.

(Silencio).

CORONEL.- Y usted, ¿qué conoce de "Él"?

CURA.- ¿De "Él"?.. ¿De "Él"?.. ¿De "Él"?..

(Tiembla la habitación ante un nuevo trueno. Y oscila la llama del quinqué hasta casi extinguirse, manteniendo en sombra las figuras del Cura y del Coronel y el lateral izquierdo de la escena).

## CUADRO 2

(Tenuemente, se ilumina el lateral derecho. Al fondo, ante una ventana, mirando el horizonte que se extiende más allá de ésta, se encuentran, de pie, "Él" y su padre).

EL PADRE. - ¿Y ahora?

ÉL.- ¿Ahora?.. Dar cara al mundo... Valer... Aprender a vivir.

EL PADRE.- Terminaste la profesión; ya eres médico... ¿Qué piensas hacer?

ÉL. - Te repito: algo que me haga valer.

EL PADRE. - ¿Dónde quisieras empezar a trabajar, ejercer?

ÉL. - Donde yo valga más.

EL PADRE.- ¿Fama, dinero?

ÉL.- No ambiciono el dinero: fama, ya se verá... Yo valdré más donde mejor pueda servir a los demás.

EL PADRE. - Eso suele ser duro... Como un apostolado.

ÉL.- Si elegí ser médico no fue por desear comodidad ni holgura. Y no sólo el médico tiene que ser un apóstol: todo hombre verdadero lo debe ser.

EL PADRE.- Muchos apóstoles son perseguidos, se ocultan en catacumbas y cuando salen de ellas y regresan a la luz son condenados al circo, a las garras y colmillos de las fieras, a morir.

ÉL. - La obligación del hombre verdadero es sufrir por quienes realmente sufren. Y luchar para que dejen de padecer.

EL PADRE.- (Extendiendo la diestra hacia el horizonte de más allá de la ventana).- Ahí encontrarás, entonces, razones para trabajar y combatir: el mundo siempre tendrá un ser dolido, un leproso que curar.

ÉL.- ¿Leproso has dicho?

EL PADRE.- (Encogiéndose de hombros).- Como pude decir "acongojado", "necesitado" o "enfermo".  
(Silencio).

ÉL. - (Indicando con un gesto el horizonte tras la ventana).- En todo caso, allá, en el mundo, puedo servir a los otros y por tanto, valer más.

EL PADRE.- ¿Quieres conocer el mundo?

ÉL.- Quiero recorrerlo y quedarme en el lugar donde se me necesite más.  
(Silencio).

EL PADRE. - Tu madre y yo te vamos a extrañar.

ÉL.- Me harán falta los dos.- (Pausa).- Dile, por favor, a ella que me duele dejarla, pero que nadie llega a ser hombre sin desgajarse del cordón umbilical.  
(Silencio).

EL PADRE.- ¿Cuándo vas a viajar?..

(Se extingue la tenue luz del lateral derecho. Queda la pregunta sin contestar).

## CUADRO 3

(Se escucha el tintinear de una campanilla al tiempo que, hacia el mismo lateral, el derecho, brota una claridad verdosa, espectral. Lianas, árboles, vegetación, o meras impresiones o sensaciones de selva.

De aquel mismo lado, vacilante, trastabillando, cubierta la cabeza con una capucha, ingresa un leproso. Pende de su cuello una campanilla, que vuelve a repicar.

Del fondo surge "Él", quien se le acerca).

LEPROSO.- (Tintineando violentamente su campanilla).- ¿Estás sordo?

ÉL.- (Sin dejar de avanzar).- Oigo muy bien.

LEPROSO. - ¿Por qué te acercas, entonces? ¿Por qué no huyes? ¿O es que no sabes que esta campanilla aúlla "¡peligro!", "¡contagio!", "¡ enfermedad !"?... ¿No sabes que yo llevo la muerte en vida?

ÉL. - (Ya junto al leproso). - ¿Y quién no?

LEPROSO. - Pero los otros la llevan dentro, no la exhiben, no horrorizan con ella a los demás.-(Bruscamente se despoja de la capucha).- ¡Mírala!

ÉL. - (Poniéndole la diestra sobre uno de los hombros.- Dulcemente).- No te tortures así.

LEPROSO. - (Desasiéndose con violencia).- ¡No me toques! ¡Y deja de hablarme con compasión!- (Lo mira con curiosidad). - ¿Eres cura... misionero, quizá? ¿Uno de esos locos o fanáticos que aspiran al Cielo y creen conquistarlo acariciando nuestras llagas y limpiando nuestra pus?

ÉL. - Soy médico.

LEPROSO. - ¡Ah! Menos mal: prefiero a los que intentan curarme el cuerpo en vez de afanarse en sanarme el alma.- (Pausa). - Pero te advierto que con los que están como yo fracasarás: a nosotros, los de este lazareto de la selva, no nos queda ya sino podrirnos hasta reventar.

ÉL. - ¿Eres tú del lazareto?

LEPROSO. - Hace cinco años me ingresaron allí... Hoy es mi día de permiso para pasear. Yo lo aprovecho para ir hasta el pueblo a mendigar. Pan no, pues en el hospital me lo dan: cigarrillos y licor.- (De sus bolsillos saca una cajetilla y una pequeña botella).- No falta un buen cristiano o un arrepentido de sus pecados que me arroje esto.- (Bebe de la botella).- Y el trago sirve para olvidar.

ÉL. - (Observando la botella).- Esa botella está rajada: puedes tragarte un pedazo de vidrio.

LEPROSO. - (Volviendo a beber), Y eso ¿qué más da? ¿No ves acaso lo refregado que estoy ya?

ÉL. - (Sujetándole el brazo). - Tomando así te vas a emborrachar.

LEPROSO. - ¡Idiota! ¡Eso es lo que quiero! ¡Así me olvido de pensar! (Trata de desasirse).- ¿Por qué insistes en tocarme? ¿No te doy asco? ¿No temes que te pueda contagiar?

ÉL. - (Pasándole un brazo sobre los hombros). ¡Cálmate... cálmate! No me repugnas ni me inspiras miedo: en ti sólo veo un hombre que sufre, un hermano en desgracia.

LEPROSO. - ¡Y ahora hasta me abraza!.- (Mira con burla alrededor). - ¿Has traído al fotógrafo? ¿Te sacarás un retrato conmigo y se lo mandarás a tu novia o a tu mamá o, para que te admiren, para que se diga de ti que eres "muy macho" o un "verdadero santo", la harás publicar?

ÉL. - (Soltándolo).- Fue por impulso, por afecto, que te quise abrazar.

LEPROSO. - A un cadáver ambulante la ternura le resulta de más. En vez de cariñitos dame más tragos o no me jodas impidiéndome tomar.- (Bebe de la botella hasta consumirla. La estrella, después). - Si hubo un vidrio adentro ya me lo tragué. Ojalá me corte las tripas y me ayude para estallar, de una vez. (Silencio).

ÉL. - ¿Puedes hacerme un favor?

LEPROSO. - ¿Permitirte que beses mis labios, quizá?

ÉL. - Lo haría si fuera a producirte algún bien.- (Pausa).- ¿Puedes llevarme hasta el hospital?

LEPROSO. - ¿Al lazareto, al leprosario?.. Sígueme: yo regreso allá.- (Empezando a caminar, seguido de "Él").- ¿Qué vas a hacer?

ÉL. - Trabajar.

LEPROSO. - ¿Cómo?

ÉL. - Compartiendo el sufrimiento de los otros... luchando por aliviarlo... sirviendo a los demás. (Ambos desaparecen por el lateral.- Se extingue la claridad espectral).

VOZ DEL CORONEL. - (Desde el lateral contrario, en oscuridad), ¡Un mártir cristiano del siglo XX!

VOZ DEL CURA. - O, simplemente, un ser bueno... un hombre cabal.

#### **CUADRO 4**

(Se ilumina el lateral derecho, "Él" está de pie frente al Administrador del lazareto, sentado ante un escritorio, próximo a un archivador).

ADMINISTRADOR. - ¿Por qué eligió este hospital?

ÉL. - ¿Por qué no?.. Soy médico, como usted.

ADMINISTRADOR. - Pero yo soy nacional de este país.

ÉL. - Las enfermedades no saben de fronteras. Y nuestra profesión es la de curar o aliviar.  
(Silencio).

ADMINISTRADOR. - Bien; en todo caso, hay que cumplir con el trámite burocrático de inscripción.-(Del archivador saca una hoja y se dispone a escribir).- Nombre.

ÉL. - ¿Es tan importante? ¿No puede poner Juan, Pedro, Ernesto o José?

ADMINISTRADOR. - (Mirándolo y sonriendo).- ¿Y del apellido, qué?

ÉL. - Algo similar: Gómez, Pérez, Guevara, Martínez; da igual.

ADMINISTRADOR. - ¿Cómo suelen llamarlo a usted?

ÉL. - "Él".

ADMINISTRADOR. - (Divertido).- ¿Así, simplemente? ¿No es muy poco... o excesivo quizá?

ÉL. - Según como se quiera ver. Por estas tierras nuestras es común ser llamado "El Chino", "El Cholo", "El Tuerto", "El Zambo", "El Jefe", "El Flaco". - (Pausa). - A mí me han dejado sólo con el "Él".

ADMINISTRADOR. - ¿Y qué nacionalidad le pongo?

ÉL. - La mía: soy latinoamericano.

ADMINISTRADOR. - La latinoamericana no es una nacionalidad.

ÉL. - ¿Quién ha dispuesto que no? Yo siempre he creído lo contrario y recientemente me convencí de que tenía razón.

ADMINISTRADOR. - ¿Por qué?

ÉL. - Porque he recorrido varios de los pueblos que forman nuestra latinoamericanidad. Y he encontrado hermanos en todos ellos, comunes anhelos y esperanzas, parecidos sufrimientos e injusticias.-(Pausa). - Y he sentido, también, la fuerza inmensa de esas raíces que legaron los antiguos habitantes de estas regiones: me envolvió y la supe nuestra, hermanándonos, en Macchu Picchu, Tiahuanaco, Saccahuamán.

ADMINISTRADOR. - ¡Ah! - (Pausa). - ¿De modo que "Él" de nombre y latinoamericano de nacionalidad?.. (Se dispone a escribir nuevamente). - Para novela o teatro quizá eso esté bien: no para un hospital... Esto es serio: deme pues su verdadero nombre y su exacta nacionalidad.

ÉL. - Si prefiere otros, en mi pasaporte los verá.(De un bolsillo saca el documento que menciona y lo extiende a su interlocutor).- Aquí los tiene; puede anotarlos, pero le aseguro que el nombre y la nacionalidad que antes le he dado valen mucho más.  
(Se apaga la claridad).

VOZ DEL CORONEL. - (Desde la oscuridad del opuesto lateral).- ¡Vanidad!

VOZ DEL CURA. - (Desde aquel lugar).- O realidad. ¿Acaso el tiempo no le ha dado la razón?...

## CUADRO 5

(Al encenderse el lateral derecho nuevamente, se ve al Administrador sentado en el mismo lugar y, frente a él, también sentado, al Director del hospital).

DIRECTOR. - (Tendiéndole un sobre). - Ésta es la comunicación del Ministerio de Salud, que transcribe el Decreto del Ministerio del Interior.

ADMINISTRADOR. - (Leyendo un papel que saca del sobre).- Ha tardado quince días en llegar.

DIRECTOR.- La capital está lejos, el servicio de correos es deficiente y llegar hasta un lazareto en plena selva no es cosa fácil.

ADMINISTRADOR. - (Terminando de leer y tirando, con fastidio, la nota sobre el escritorio).- ¡Maldita información!

DIRECTOR. - ¡Maldita burocracia, di más bien! ¡Cantidad de carneros que cumplen la norma sin analizar si vale o si es una estupidez!

ADMINISTRADOR. - Y que en este caso van a privarnos de un amigo, de un médico sacrificado como pocos... de un ser excepcional.

DIRECTOR.- Yo también soy de esa opinión y por eso me duele y me revienta esta imbécil disposición. (Pausa).- ¡Cuánta falta nos hará!

ADMINISTRADOR.- Cuando parta, muchos enfermos llorarán... Durante los dos años que ha pasado aquí, ha sido para

ellos padre, hermano, compañero de juegos, alegrías y penurias, camarada ideal.

DIRECTOR.- Nunca un gesto de rechazo o repugnancia; jamás un ademán de molestia o de cansancio.

ADMINISTRADOR.- Ha trabajado como quien ejerce un sacerdocio. Siempre con dulzura, sin fatiga, con entrega total.

DIRECTOR.- Todo eso tiene un nombre: nobleza y bondad.  
(Permanecen abstraídos. "Él", sonriente, ingresa sin que lo adviertan).

ÉL.- ¿Qué les pasa?.. Parecen dos momias de Paracas.

DIRECTOR.- (Mostrándole la comunicación).- Nos ha apenado esa noticia que leerás allí... Cretinas providencias de nuestro sistema gubernamental.

ÉL.- (Luego de leer).- ¿De modo que el Ministerio del Interior no quiere que los extranjeros permanezcan más de tres meses en esta región y el de Salud arguye que no hay plazas suficientes para los nacionales, que yo, en buena cuenta, le quito el puesto y el pan a alguno de ellos?

DIRECTOR.- La tontería alcanza hasta allá.

ÉL.- ¿No importa el trabajo que haga, nada pesa que yo me considere uno de ustedes... mi sentimiento de fraternidad?

ADMINISTRADOR.- Hace dos años, al inscribirte te aclaré que el ser latinoamericano no nos incluye dentro de una misma nacionalidad... La idea de Bolívar quedó en sueño.

ÉL.- Porque desde entonces había ya miserables que trataron de impedirlo... Pero, pese a quien pese, contra todas las infamias, tendrá que llegar a ser realidad, (Pausa, Como para sí).- Lamentaré partir... Creo que aquí puedo ser de utilidad.

DIRECTOR.- (Levantándose y poniendo con afecto la diestra sobre uno de los hombros de "Él").- Inmensa. Nos dejarás un vacío casi imposible de llenar.

ÉL.- ¿Cuándo sale la próxima barca para el puerto?

ADMINISTRADOR.- Apenas merme su actual violencia la corriente del río... Dentro de cuatro o cinco días, quizá.

DIRECTOR.- Pero no quisiéramos que partieras tan pronto... Total: el Inspector Regional acaso no reaparezca por el hospital hasta dentro de un mes.

ÉL.- (Iniciando el mutis).- ¿Esperar para qué? ¿Algo podría cambiar?.. Lo que se tiene que hacer es mejor realizarlo de una vez. - (Sale. - Se hace la oscuridad).

## CUADRO 6

(Casi de inmediato, un reflejo lunar incide sobre el mismo lateral.- En la selva, a orillas del río, el Administrador, el Director y un grupo de leprosos, despiden a "Él", erguido sobre una barca. Los dos médicos lo abrazan. Después "Él" hace lo mismo con cada uno de los enfermos. Algunos de ellos besan sus manos; "Él" acaricia las cabezas de quienes lo hacen. Entra luego a la barca, cuyo remero empieza a alejarla. El Administrador y el Director agitan la mano en ademán de adiós. Se oye sollozar a algunos leprosos. Unos cuantos caen de rodillas y extienden los brazos hacia "Él", hierático sobre la embarcación).

VOZ DEL CORONEL.- (Desde la oscuridad del opuesto lateral).- ¡El taumaturgo que se aleja!

VOZ DEL CURA.- El hermano, el hombre bueno que se va.

## CUADRO 7

(Se escucha el fragor de un trueno. Un relámpago ilumina la ventana de la habitación del cura. La luz del quinqué permite ver a éste y al coronel, sentados ante la mesa. Ambos dan impresión de cierta ebriedad).

CORONEL.- ¡Y no termina la maldita tormenta! Voy a pasarme toda la noche aquí, consumiéndole su pisco y oyéndole esos cuentos que inventa sin cesar.

CURA.- (Colmando de aguardiente los vasos de los dos).- ¿Cuentos? ¿Por qué cuentos?

CORONEL.- Leyendas, entonces, si le parece mejor.

CURA.- Historia, simple y llana historia, es lo que le narro yo. Que parezca epopeya o saga no es consecuencia de mi invención.

CORONEL.- (Bebiendo).- Esa parte de la vida de "Él" no la conocía yo.

CURA.- Es la que llevo investigada mejor.

CORONEL.- Pues ya tiene la primera parte de su libro. La puede titular La Juventud del Héroe.

CURA.- ¿Héroe, santo aventurero, mito?.. ¿Cómo se le puede catalogar?

CORONEL. - ¿Qué etiqueta le pondría usted al Quijote, a Sancho o a Jesús de Nazareth?..  
(Ambos beben en silencio).

CURA.- ¿Qué fue a buscar en el lazareto de una selva perdida en un semiignoto lugar de la Tierra?.. ¿Lo encontró?..  
¿Quiso templar su alma, hacer suyo el sufrir de los demás?.. ¿Qué sintió cuando lo obligaron a renunciar?..

CORONEL.- Algo así como lo del ermitaño forzado a abandonar su caverna, a salir de su jungla o su desierto, para dar cara al mundo.- (Pausa).- En todo caso, ya no podemos preguntárselo.

CURA.- Sobre su mente y su espíritu no es dable sino imaginar.

CORONEL.- Y atenernos a los hechos como sola realidad.  
(Silencio).

CURA.- Como en esos ocultamientos de Cristo, "Él" solía desaparecer... ¿Meditaba, quizá?.. ¿Se preparaba para el próximo combate?.. ¿Daba descanso a Rocinante?.. (Pausa).- Sólo sé que después de tener que dejar el leproso pasaban dos años antes de que se vuelva a hablar de él.- (Pausa).Reaparece muy lejos, entre un grupo de jóvenes que se acuestan con la Revolución y sueñan con la libertad... ¿Qué lo llevó hasta allá? ¿El azar?

CORONEL.- ¿Cree usted en el azar?

CURA.- (Encogiéndose de hombros).- ¡Qué sé yo! Lo cierto es que se embebió de los ideales de esos hombres de su generación y decidió unirse a ellos para "desfacer entuertos", forjarse el propio destino y rendir ciudadelas y atalayas, monstruos y endriagos, como pleitesía a esa Dulcinea que en su alma llevaba el nuevo nombre de Revolución.

CORONEL. - El taumaturgo, el médico de leproso, se convierte en Quijote.

CURA.- Siempre habrá mal en el mundo, injusticias que vencer y llagas que curar. Médico, Quijote, Sancho, aventurero o visionario, ¿qué más da?. En uno u otro aspecto, "Él" fue siempre "Él".  
(Ambos vuelven a beber, ensimismados.- Al través de la ventana, se ve que la lluvia vuelve a caer. Vacila la llama del quinqué. Y se hace oscuridad).

## CUADRO 8

(Claridad de crepúsculo ilumina el lateral derecho. "El Jefe" y "Él" dialogan, sentados en la banca de un parque solitario).

EL JEFE.- Y hasta aquí hemos llegado: la de hoy ha de ser nuestra última reunión en este parque.

ÉL.- Por suerte, casi siempre solitario.

EL JEFE.- Ha sido mejor así: nunca faltan espías, policías ni investigadores... Pero, en todo caso, en este país se goza de mayor libertad de movimiento y de expresión que en los del resto del Continente.

ÉL. - Sin embargo, no es tanta como para que dé visto bueno a la actividad revolucionaria.

EL JEFE.- Ni como para hacer olvidar que este Gobierno mantiene relaciones con el del tirano que oprime a mi Pueblo... Las formas son las formas.

ÉL. - Y valen mucho para los conservadores.

EL JEFE. - Hay que ser objetivos y justos: ningún Gobierno se arriesgará a tener problemas con otro por culpa de un grupo de jóvenes exaltados... Y así nos juzgan.

ÉL.- ¿Y no es cierto? ¿Acaso no somos jóvenes y exaltados?

EL JEFE. - (Riendo). - ¡Pero en el buen sentido! Jóvenes de años, pero también de espíritu. Y exaltados de corazón, de ideales, de aspiraciones, mas tratando de actuar con el cerebro frío.

ÉL.- ¿Podremos esto último?

EL JEFE.- Nos costará, sin duda: ninguna frialdad es muy propia de latinoamericanos. Ya aprenderemos a conseguir la que nos hace falta para la mente.

ÉL.- (Como para sí mismo).- Tendremos que aprender muchas cosas... En realidad, casi todas.

EL JEFE.- Lo haremos, aun cuando nos cueste caídas y golpes.  
(Silencio).

ÉL.- ¿Está preparado el barco?

EL JEFE.- Listo para zarpar al alba.

ÉL. - ¿Y las armas?

EL JEFE. - Pudimos conseguir unos cuantos fusiles apenas... Ya los embarcamos.

ÉL.- ¿Y los compañeros?

EL JEFE.- Todos avisados y dispuestos. - (Pausa). ¿Insistes en unirme a nosotros?

ÉL.- Soy de ideas firmes.

EL JEFE.- ¿Por qué has de exponerte? Vamos a luchar por la independencia de nuestro país, de nuestro Pueblo... Tú eres extranjero.

ÉL.- Estoy convencido de que la vida es un riesgo. Y la muerte llega en la cama o en la trinchera y carga por igual al banquero, al burgués o al guerrillero. Cada quien, sin excepción, la lleva dentro: no lo olvidemos. Yo siempre la tengo muy presente, me he habituado a su perenne compañía y, quizá por esto, no la temo. Tampoco me da un miedo especial ni el esfuerzo ni el dolor físico: he vivido entre leprosos, he curado sus pústulas y llagas y mis propios bronquios se han vuelto un asco, pero, a pesar de estar enfermo, sé valerme de ellos y conozco el modo de sobreponerme a sus exigencias y la manera de vencerlos... En cuanto a ser extranjero me pregunto, ¿quién fijó los hitos? ¿Quién partió el mundo en trozos? ¿Quién se empeña en dividir a los latinoamericanos?.. Y en mi caso concreto, ¿no me he incorporado a tus compatriotas hasta el punto de estar dispuesto a dar mi sangre por ellos?.. ¿No eres tú más que mi propio hermano?..

(Ambos se miran en silencio).

EL JEFE.- Iremos juntos, entonces.

(Se extingue la claridad).

VOZ DEL CORONEL.- (Desde la oscuridad del lateral izquierdo).- A "desfacer entuertos"... ¿Quijote o Sancho?

VOZ DEL CURA.- Dos hombres con los pies en la tierra y el corazón en alto. ¡Sancho y Quijote, al mismo tiempo!

## CUADRO 9

(Oscuridad completa.- Luego rumor de mar embravecido, fragor de retumbar de truenos y relampaguear de rayos, sobre el lateral derecho).

VOZ DEL CURA.- (Desde las tinieblas del lateral izquierdo).- ¿De qué estaban forjados? ¿Qué fe los impulsaba, convertía en entusiasmo y ánimo lo que debía ser desvanecimiento? ¿No eran dirigidos por sobrevivientes de un asalto frustrado, por ex presos que milagrosamente escaparon de la muerte y, gozosamente, en pleno albedrío, navegaban a enfrentarla nuevamente? Y "Él", ese extranjero que había decidido hermanarse a ellos, ¿por qué los eligió por compañeros?

VOZ DEL CORONEL.- (Con acento de ebrio). - ¡Como su Cristo, Cura, como su Cristo! ¡Uno se mezcló con pescadores, el otro con ex presidiarios y aventureros!

VOZ DEL CURA.- ¡Y padecieron tormentas, náuseas, mareo, pérdida de rumbo, extravió! ¡Y "Él" soportó todo eso y alivió a los enfermos, olvidando que era quizá el de físico más débil, el de los bronquios deshechos!

VOZ DEL CORONEL.- ¡Y el incorporado, el extranjero!

VOZ DEL CURA.- ¡El foráneo fraterno que suplía la endebles de su cuerpo con su voluntad de hierro! (Pausa). - ¡Y, a pesar de la adversidad y la penuria, resistieron!

VOZ DEL JEFE.- (Desde el lateral derecho, sumido en oscuridad, sólo interrumpida por resplandor de relámpagos). - ¡Paren las máquinas! ¡"El Prieto" ha caído al agua! ¡Hay que buscarlo!"

VOZ DEL TRIPULANTE.- ¿Y cómo? ¡No se ve nada!

VOZ DEL JEFE.- ¡Enciendan!

VOZ DEL TRIPULANTE.- ¡Podemos ser descubiertos por algún guardacostas! ¡Nos dispararán de inmediato!

VOZ DEL JEFE.- ¡La vida de un compañero vale mucho más que ese riesgo!

VOZ DEL CURA.- (Siempre desde las tinieblas del lateral opuesto).- ¡En medio de la tormenta, sin casi combustible para el barco y bajo el peligro de que éste fuera avistado y hundido o apresado, pasaron más de dos horas buscándolo!... El aprecio y afecto de "Él" hacia "El Jefe" debieron crecer mucho aquella noche al oírle dar esa orden humanitaria de salvar al compañero, a riesgo de la propia vida y sin mirar la importancia o valor del auxiliado.

VOZ DEL CORONEL.- ¿La veneración de Sancho?

VOZ DEL CURA.- ¡Y arribaron!

VOZ DEL CORONEL.- ¿Cuántos de los que tocaron tierra sobrevivieron? ¿Quiénes pudieron continuar la aventura?

VOZ DEL CURA.- ¡Los suficientes!

## CUADRO 10

(Se ilumina el lateral derecho. "El Jefe" y "Él", seguidos por un grupo de compañeros, avanzan penosamente en terreno pantanoso. Algunos portan fúsiles, que tratan de mantener en alto).

PRIMER HOMBRE. - ¡Ya no doy más! ¡Todo el tiempo vomitando en el barco y aquí comido por los zancudos y con peligro de ser devorado por el pantano!

ÉL. - ¡Aguanta y calla! Quejándote no vas a mejorar nada.

SEGUNDO HOMBRE.- (Al primero, señalándole a "El").- Aprende del extranjero. Hace un rato lo vi ahogándose con una tos del carajo y ahí lo tienes avanzando.

PRIMER HOMBRE.- Allá él: no todos somos fanáticos.

SEGUNDO HOMBRE.- Di, más bien, que, por desgracia, no todos tenemos los pantalones que "Él" se gasta.

TÉRCER HOMBRE.- ¡Ojalá alcancemos pronto los cañaverales! Si nos sorprenden en este fangal nos matarían como a patos.

EL JEFE. - Si eso ocurriera, tarde o temprano otros compañeros retomarían la antorcha: la Revolución está muy por encima de nuestras vidas.

ÉL. - Y siempre habrá hombres dispuestos a combatir contra la injusticia.

CUARTO HOMBRE.- (Deteniéndose y señalando un punto en el horizonte). - Esa línea amarillenta, allá, al fondo, ¿no serán las cañas?  
(Todos observan con detenimiento).

EL JEFE.- (Eufórico), ¡Sí, eso es: hemos vencido la primera parte! ¡Superamos el pantano y los tremedales! ¡Esos son los cañaverales!

PRIMER HOMBRE.- (Alborozado), ¡Llegamos! ¡Llegamos!- (Entusiasmado, abraza al compañero más cercano. - Se oye una descarga cerrada. Se tambalean y caen ambos).

EL JEFE.- ¡Nos descubrieron! ¡Hay que ocultarse en los cañaverales! ¡Cuiden las armas!  
(Chapoteando en el terreno fangoso, los jóvenes del grupo corren en dirección a los cañaverales.- Resuenan nuevas descargas. - Algunos caen. Uno es sostenido por "Él", quien prácticamente lo lleva a rastras).

EL HERIDO.- ¡Suéltame! ¡Sálvate!

ÉL.- Nos salvaremos juntos. Y no olvides que la muerte no llega ni después ni antes.  
(Se oye un nuevo tiro. "El" se lleva una mano al cuello; la retira llena de sangre. Empero, no se detiene: sigue ayudando al herido que sostiene.- Se oscurece la escena).

VOZ DEL CURA.- (Desde las tinieblas del lateral izquierdo).- ¡Y así, herido él mismo en el cuello, alcanzó los cañaverales y condujo hasta ellos a su compañero!- (Pausa).- Coronel: ¿a eso le llama usted fanatismo?

VOZ DEL CORONEL. - Perdone, padre: eso en mi tierra se llama cojones.

## CUADRO 11

(Motor de un avión en vuelo, sobre el lateral derecho. Luego, estampido de metralla, seguido de un grito y del golpe de un cuerpo que cae, Silencio.

Luz solar, violenta, muestra un cañaveral tupido. Sentados entre las altas cañas. "Él", "El Oriental" y otro compañero. Junto a ellos, el herido a quien "Él" transportó, tendido. "Él", a guisa de venda, lleva en el cuello un pedazo de tela, ensangrentada; el herido tiene manchas de sangre en la camisa.).

EL ORIENTAL.- (Señalando al herido).- La ráfaga del avión terminó con él. No irá más lejos.- (A "Él").-De poco le sirvió tu esfuerzo por tratar de salvarlo hace tres días: a ti te costó un balazo en el cuello y él ha muerto apenas setenta y dos horas más tarde.

ÉL. - Repetiría lo que hice: es deber ayudar a un herido... aun cuando se trate de un enemigo y no de un compañero.

EL ORIENTAL. - ¿Te obliga tu conciencia cristiana o el "Juramento Hipocrático" por el que te invistieron como médico?

ÉL. - Me lleva a ello mi ser de hombre. - (Pausa).- Apenas anochezca, habrá que enterrarlo.

COMPAÑERO.- ¿Para qué? ¿Qué le importa a un muerto lo que se haga con su cuerpo?.. A mí me da lo mismo si mi cadáver va bajo un cañaveral, se lo comen los pájaros o lo meten en un mausoleo.

ÉL.- (Enérgico).- Lo enterraremos. Es una orden. Es lo justo. Así lo pienso. Es lo que quiero.  
(Silencio).

COMPAÑERO.- ¿Y quién nos enterrará a nosotros?

EL ORIENTAL.- Hace tres días que nos escapamos, moviéndonos sólo entre estos cañaverales... ¿Qué esperamos para intentar una salida y salvarnos en las montañas?

ÉL.- Es lo que el enemigo aguarda que hagamos para cazarnos cómodamente... Saldremos cuando abandone esta zona, cansado de vigilarnos o creído de que sus ráfagas a ciegas nos han alcanzado.

COMPAÑERO.- ¿Y hasta cuándo resistiremos? Nos tragan los mosquitos y en vez de líquido y comida sólo chupamos caña.

ÉL.- Soportaremos cuanto sea necesario.- (Sencillamente).- O moriremos.

EL ORIENTAL.- ¡Simple y optimista solución!  
(Silencio).

COMPAÑERO.- ¿Qué habrá sido de los otros del grupo? ¿Matarían o apresarían a todos?

ÉL.- Algunos... Los restantes deben estar dispersos, ocultos entre los cañaverales, esperando el momento propicio para emprender el camino de la Sierra.

EL ORIENTAL.- ¿Cuándo será ese momento?

ÉL.- Cuando haya pasado al menos un día sin que el avión de reconocimiento lance metrallazos... Y cuando mengüe la claridad de la luna, para aprovechar noche oscura.

COMPAÑERO.- ¿Y hasta entonces?

EL.- ¡Aguantaremos!

COMPAÑERO.- ¿Y el hambre? ¿Y la sed?

ÉL.- (Sacando un cuchillo, cortando una caña y arrojándosela).- Para eso tenemos estas cañas.  
(El compañero clava los dientes en la que ha recibido.- Silencio.- Se oscurece la escena).

## CUADRO 12

(Luna en menguante sobre el cañaveral.- Un túmulo de tierra indica el lugar donde ha sido enterrado el caído. - "Él", "El Oriental" y "El Compañero" tienen los ojos fijos en el cielo).

EL ORIENTAL.- ¡Luna en menguante!

COMPAÑERO.- ¡Tápate lunita, tápate lunita!

EL ORIENTAL.- ¡Apúrate, apúrate! ¡Una caña más y moriremos de diabetes antes de cumplir treinta años! - (A "Él"). - ¿No nos diagnosticas eso, galeno?

ÉL.- Yo sólo garantizo que después de estos siete días debemos tener azúcar en vez de glóbulos rojos.

COMPAÑERO.- Yo siento miel hasta en las cejas.- (A "Él"). - ¿Por qué no nos vamos? El avión no ha reaparecido desde hace veinticuatro horas y la luna está medio opaca.

EL ORIENTAL.- Y, total, entre morir de un balazo o empachado de caña...

ÉL.- ¡Paciencia! (Sigue contemplando la luna, con detenimiento: comienza a ocultarse, reduciéndose su luz ostensiblemente).- ¡Ahora!

COMPAÑERO.- ¿Qué?

ÉL.- ¡Hay que aprovechar la buena voluntad de la luna! ¡Nos vamos!  
(Rápidamente, los tres recogen las armas. "El Compañero" forma una cruz con dos cañas. La clava sobre el túmulo de tierra).

ÉL.- (Indicándosela con un gesto).- ¿Y eso no es cristiano?

COMPAÑERO.- ¿Es malo?

ÉL.- (Palmeándolo).- No, hombre, no; es humano. Y por cosas así no importa gastar el tiempo... ¡Corramos agachados a lo largo del cañaveral, hasta el término de éste! ¡Si la luna reaparece continuaremos aun cuando sea arrastrándonos !!!... ¡Ya no nos detendremos hasta llegar a la montaña!  
(Se oculta la luna totalmente. Se hace oscuridad absoluta).

## CUADRO 13

(Sobre el lateral derecho, sol de ocaso alumbra la entrada de una pequeña cabaña, en la montaña).

PRIMER GUERRILLERO.- (Abriendo la puerta y observando con detenimiento las faldas de la pendiente, Excitado).- ¡Jefe, jefe!

EL JEFE.- (Saliendo de la cabaña y poniéndose a su lado).- ¿Qué pasa?

PRIMER GUERRILLERO.- ¡Mire allá, hacia la izquierda! ¡Alguien sube la montaña!

EL JEFE.- (Fijando la vista con detenimiento).-Si no son más no tendremos mayor problema para deshacemos de ellos: apenas distingo tres hombres.

PRIMER GUERRILLERO.- Nosotros somos cuatro y ocupamos la altura: en número y en posición los aventajamos.

EL JEFE. - Avisa a los otros.

(Reingresa el Primer Guerrillero al interior de la cabaña. Segundos luego, reaparece con dos compañeros).

EL JEFE. - (Indicándoles el punto designado por el Primer Guerrillero). - Tres hombres avanzan... ¡En tierra! ¡Apunten con cuidado! ¡Que no vean el brillo de las armas! ¡Disparen sobre seguro!  
(Los cuatro, tendidos, apuntan sus fusiles.- Silencio).

PRIMER GUERRILLERO. - (En voz baja). - Se protegen tras cada árbol.

SEGUNDO GUERRILLERO. - (Mismo tono). - Se diría que se sienten inseguros.

TERCER GUERRILLERO.- ¡Ahí asoma uno, al costado del ceibo!.. (Al "Jefe").- ¿Lo vuela?

EL JEFE. - (Observando con esmero). - ¡No!.- (Eufórico).- ¡Es de los nuestros!

PRIMER GUERRILLERO.- ¡Sí, sí! No visten uniforme del Ejército.

SEGUNDO GUERRILLERO.- ¡Están tan fregados de ropa como nosotros!

EL JEFE.- ¡Ya los reconozco: son "ÉI", "El Oriental" y "El Compañero"!

(Los cuatro se ponen de pie y agitan sus fusiles, en señal de saludo a los que ascienden.- Momentos luego, arriban éstos. Los siete hombres se abrazan emocionados).

ÉL.- (Al "Jefe").- Hace mucho que llegaron?

EL JEFE.- Hará unas cinco horas. Tuvimos suerte de topar con un campesino que no quiere nada al Gobierno y nos ofreció su cabaña. Ha ido ahora a comprar víveres en el almacén del poblado más cercano y a averiguar algo acerca del resto de nuestro grupo.

EL ORIENTAL.- Nosotros somos tres, tan sólo.

PRIMER GUERRILLERO.- Y nosotros cuatro.- (Silencio)

ÉL.- (Mostrando lo que portan).- Tenemos tres fusiles.

EL JEFE. - Y nosotros cuatro. - (Exaltado). - ¿Se dan cuenta? ¡Siete fusiles! ¡Las fuerzas Armadas del tirano apenas cuentan con unos cien mil, a lo sumo!

ÉL.- La Revolución va ganando.

EL JEFE. - ¡Ahora sí podemos asegurar que obtendremos la victoria!

(Los siete hombres se miran, sonriendo, mientras se oscurece la escena)

VOZ DEL CURA. - (Desde las tinieblas del lateral contrario).- ¡Locos maravillosos, Coronel; jóvenes visionarios!

VOZ DEL CORONEL. -¡Encojonados, padre; encojonados!

#### **CUADRO 14**

(Sucesivas descargas de metralleta.- Sol de ocaso.- Sobre el lateral derecho, al lado de la cabaña, "El Jefe" y "ÉI" observan el horizonte, munidos de sendos catalejos. Ambos, de súbito, posan en el suelo el anteojo y aferran la metralleta que llevan en banderola).

EL JEFE.- El que se acerca aún está lejos... Esperemos.

ÉL. - (Apuntando el arma). - ¿Será espía u hombre de avanzada?

EL JEFE.- Acaso de los nuestros... Pronto lo sabremos.

(Permanecen a la expectativa, en silencio)

ÉL.- (Dejando de apuntar su metralleta).- Ha levantado la mano izquierda: es de los nuestros.

EL JEFE.- Deben mandarlo los compañeros de la resistencia clandestina.

ÉL.- ¡Seres formidables! ¡Hace cuatro años que colaboran con nosotros, desde la ciudad misma, a poca distancia del tirano, arriesgándose día tras día!

EL JEFE.- Cuatro años ayudándonos, pero cuántos desde que iniciaron la lucha.

ÉL. - ¡Y qué número inmenso dieron la vida, cuántos detenidos, cuántos torturados!

EL JEFE. - Cada uno un héroe en silencio... ¡Por ellos, por liberarlos, por darles la justicia que merecen, bien poco es todo cuanto hagamos!

ÉL.- No hay mejor sangre derramada que la que se ofrenda en beneficio del Pueblo.

EL JEFE.- Tal el propósito de la Revolución.

ÉL. - Y sólo debe tener fin cuando se borre el último vestigio de injusticia.

EL JEFE.- Eso equivale a suponer la liquidación del Mal en el mundo... ¿No es utópico pensar eso?

ÉL. - Acaso... Pero mientras no ocurra, la Revolución tendrá que llevar adelante su bandera y el revolucionario habrá de continuar en pie de guerra.

(Ambos se miran en silencio, Un ruido de pasos que se acercan los lleva a volver la cara hacia el punto del cual llegan).

MENSAJERO.- (Anhelante, entrecortada, fatigadamente).- Militante del Frente Clandestino... Me envía "El Rubio". Traigo un mensaje suyo para "Él" o para "El Jefe".

EL JEFE. - Habla: somos nosotros.

MENSAJERO, ¿Ustedes?- (Los mira con admiración y asombro).- ¡Qué suerte la mía por llegar a conocerlos! ¡En las ciudades, en el país entero, se menciona tanto a ambos!

EL JEFE.- ¿Qué se dice?

MENSAJERO.- Depende de los círculos que comenten... Que son agentes del demonio o...

EL JEFE.- (Riendo).-... o de los rojos.

MENSAJERO.- Sí, o de los rojos, pero para esa gente diablos o socialistas son más o menos lo mismo... Que ya los mataron a todos...

ÉL.- Y, por lo visto, siempre resucitamos.

MENSAJERO.- Que nunca podrán derrotar al Gobierno.

EL JEFE. - Si es así, ¿por qué nos tienen tal miedo que ha llegado a lanzarnos al Ejército completo?(Pausa).- ¿Y tú, qué opinas de nosotros?

MENSAJERO.- Que bajarán de las montañas para ser los liberadores del Pueblo. ("El Jefe" y "Él" le tienden la diestra. "El Mensajero" se las estrecha, con ambas manos).

EL JEFE. - ¿Cuál es el mensaje que traes?

MENSAJERO.- "Adelante".

EL JEFE.- (Abrazándolo), ¡Es el mensaje más bello del mundo!

MENSAJERO. - ¿Esa sola palabra?

EL JEFE.- ¡Esa palabra contiene muchos años de esperanza! ¡Ha llegado el momento del ataque conjunto y decisivo! ¡El todo por el todo!

MENSAJERO. - Pues si van a actuar, ojalá sea pronto y lleguen a tiempo: día a día la represión es más dura. Se tortura a los compañeros y se les fusila, casi como si se tratara de un juego.

EL JEFE.- ¿Puedes regresar de inmediato con la respuesta para "El Rubio"?

MENSAJERO.- No se puede estar cansado si la Revolución nos necesita.. ¿Qué le digo?

EL JEFE.- "Patria o Muerte".

MENSAJERO.- Apenas tres palabras.

ÉL. - Pero las más hermosas del planeta.

MENSAJERO.- Corro a anunciarlas.- (Desaparece rápidamente por el mismo punto de su arribo). (Silencio).

EL JEFE. - Llegó la hora.

ÉL. - Mucho la hemos esperado.

EL JEFE. - Menos que miles y millones. Somos aún jóvenes: ¡tenemos suerte!

ÉL.- ¿Cuándo iniciamos la marcha definitiva?

EL JEFE.- Mañana mismo. Por tres frentes, que se sumarán al de la Resistencia en las ciudades. Tú y "El Alto" estarán al mando de uno, el que atacará la región del Centro; "El Chico" conducirá a los que actuarán en esta zona; yo dirigiré a quienes iremos al Norte.

ÉL.- ¿Lugar de reencuentro?

EL JEFE. -¡La capital, por cierto!

ÉL. - ¿En qué sitio?

EL JEFE. -¡El Palacio de Gobierno, desde luego!

ÉL.- ¿Consigna especial?

EL JEFE. -Una sola: "¡Venceremos!"

(Ambos se miran en silencio, sonriendo.- Poco a poco, va menguando la luz, hasta hacerse oscuridad absoluta).

## CUADRO 15

(Descargas de ametralladoras, hacia el lateral derecho, Éste se ilumina, luego, con resplandor de luna.- En el camino, al frente de un grupo, se ve al "Jefe".- Se oye el ruido de alguien que se aproxima corriendo.- "El Jefe" levanta una mano y todos se inmovilizan. Quedan mirando en dirección de donde proviene el ruido).

MENSAJERO. - (Llegando a carrera y deteniéndose, anhelante, ante "El Jefe"). - ¡El tirano ha huido!  
(Los hombres agitan sus armas, se abrazan, expresan su júbilo).

EL JEFE. - ¿Cómo lo sabes?

MENSAJERO.- Dirigentes de la Resistencia Clandestina oyeron la noticia, propalada por la misma Radio Oficial: el Presidente partió hace unas cinco horas, en su avioneta particular... Me comisionaron para que te transmitiera la información cuanto antes y te piden instrucciones sobre lo que hay que hacer en caso de que, como también se anuncia, se forme un Gobierno Provisional.

EL JEFE.- ¿Gobierno sin nosotros, con exclusión de quienes hemos dado sangre y expuesto la vida, sin los que, al cabo de cinco años de lucha, hemos obligado a escapar al Dictador?... ¿Pretenden engañarnos y valerse de todo nuestro esfuerzo y sacrificio para iniciar una nueva tiranía con otro tipo de tirano?.. (Se vuelve hacia uno de los hombres de su grupo). - Tú, operador de radio, transmite cada quince minutos lo que voy a dictarte...  
(Se oculta la luna.- En la oscuridad del lateral derecho se escucha una ... )

VOZ MEGAFÓNICA.- Aquí, Radio Rebelde, a todos los compañeros, a todos los revolucionarios, a todos los hombres progresistas, a todo el Pueblo: ¡La Revolución es la que ha triunfado! ¡Por ello, no admitiremos otro Gobierno que el del Frente Revolucionario!

(Silencio, Al cabo de unos segundos, rompen la tiniebla numerosas luces de bengala. Bajo ellas se ve al "Jefe", a "Él" y a varios de sus compañeros, abrazando y estrechando las manos de gente del Pueblo. Al final avanzan al frente, agitando sus armas en alto.- Oscuridad Completa).

## CUADRO 16

(Un nuevo rayo ilumina la ventana de la habitación del Cura. La luz del quinqué muestra a éste y al Coronel, sentados ante la mesa, dando visos de embriaguez algo avanzada).

CURA. - ¡Y llegaron! ¡Y tomaron la capital! ¡Y echaron al Régimen Provisorio! ¡Y constituyeron su propio Gobierno y contra viento y marea, gobernaron!

CORONEL.- (Haciendo ademán de, exprimir la damajuana para que la última gota caiga a su vaso). - Y usted y yo llegamos a secar esta damajuana... ¡Quién hubiera pensado que un curita fuera capaz de chupar a la par que un Coronel de Rangers!

CURA.- (Levantándose con cierta dificultad y asiendo la botellona).- La llenaré de nuevo. Total, la tormenta no cesa, se conversa sobre "Él", de quien estoy escribiendo un ensayo, el pisco es bueno...

CORONEL. - (Riendo)... ¡Y una vez al año no hace daño!

CURA.- ...y es grata obligación de un sacerdote atender a los cristianos.

(Sale. - Se escucha la intensidad de la tormenta y el golpear de la lluvia en la ventana. - El Coronel apoya los codos en la mesa y la cabeza en los puños. Farfulla algo ininteligible).

CURA.- (Reingresando con la damajuana en la diestra, sirviendo dos vasos del aguardiente con que ha colmado a ésta y sentándose en el lugar que había ocupado).- La he llenado.- (Señala la damajuana).- Creo que alcanzará hasta que pase el mal tiempo y pueda seguir su camino.

CORONEL.- Pues si también secamos ésta tendré que continuar a gatas.  
(Ambos chocan sus vasos y beben).

CORONEL. - ¿Por qué conoce tanto sobre la vida de ese guerrillero?

CURA.- Ya le expliqué que pienso escribir un libro sobre él. Esta parroquia es pobre y solitaria y me da tiempo para esos entretenimientos... Me he documentado un tanto.

CORONEL. - ¿Cómo?

CURA.- Leyendo ciertos apuntes y discursos suyos y averiguando un poco al conversar con gente de por acá, que llegaron a conocerlo... No olvide que murió en la comarca.

CORONEL. - ¡Cómo voy a olvidarlo! ¡Ya le conté que estuve cuando lo fusilaron!.. O, si prefiere, cuando lo asesinaron. ¡Una palabra u otra no importan un carajo!- (Se sirve de la damajuana y seca el vaso de un trago). - ¿Tanto le interesa ese individuo que hasta le dedica el esfuerzo de escribirle un libro? ¿Por qué? ¿Hay algo en común entre un sacerdote y un revolucionario?

CURA.- Quizá. En todo caso, ¿no era un rebelde Cristo?

CORONEL.- (Señalando el crucifijo).- Y ahí tiene el resultado: lo crucificaron.

CURA.- ¿Cree que ése es el único paralelismo entre "Él" y Cristo?

CORONEL.- No: hay otros.

CURA.- Y no pocos... Incluso la misma entrada triunfal a la capital liberada. "Él", encima de un camión; Cristo, cabalgando un asno. Humildes los dos; y, sin embargo, con el Pueblo aclamándolos con vítores y palmas, como a héroes triunfantes".

CORONEL. - Y si tenían el triunfo, ¿por qué no hicieron suyo el Poder y se conformaron con él?

CURA.- Quizá no era su destino, no nacieron para eso... Acaso necesitaban la cruz.  
(Se miran fijamente.- Resuena un trueno.- Parpadea el quinqué. Y se hace oscuridad plena).

## CUADRO 17

(Se ilumina el lateral derecho. La claridad proviene de una lámpara, colocada sobre un escritorio, junto a un archivador y una mesa con máquina de escribir y calculadora.

"Él" firma, vertiginosamente, un alto de papeles. Parada a su lado, María ordena los documentos firmados).

ÉL.- (Poniendo lejos de sí el último papel, que María agrupa con los otros). - ¡Por fin! Jamás imaginé que pudiera firmar tanto.

MARÍA.- Y todos estos documentos son importantes: Resoluciones, Decretos, órdenes de pago.

ÉL. - Creo que lo único que he hecho en estos cinco años de Gobierno es firmar y pronunciar discursos... ¡Hasta en los cheques aparece mi nombre!

MARÍA.- Es el precio que la Revolución te exige por ser Ministro de Estado.

ÉL.- ¡Duro precio, es cierto!. A veces pienso que yo nací para hacer la Revolución: no para cimentarla.

MARÍA.- Es la parte más difícil... Quizá ahora más que héroes hacen falta buenos funcionarios.

ÉL. - Cada quien debe conocer para qué ha venido al mundo: sabiéndolo podrá cumplir su destino... Este quinquenio de Gobierno me ha servido para estar convencido de que me resulta más fácil maniobrar una metralleta que manejar un archivo, salvar un herido cargándolo en medio de una granizada de balas que teclear en una calculadora... Y sospecho que prefiero el fragor de la metralla que el repiqueteo de las mecanógrafas. - (Inclina la cabeza en el respaldo del asiento).

MARÍA. - (Acariciando sus cabellos).- Hasta "Él" tiene derecho al cansancio.

ÉL. - ¿Lo tengo, acaso?.. ¡El Pueblo y la Revolución necesitan y esperan tanto! ¡No podemos permitirnos el lujo de reconocer la fatiga!. Y, al fin y al cabo, tiempo de descanso habrá de sobra en la tumba.  
(Desde fuera, llegan voces de personas discutiendo).

MARÍA. - (Avanzando hacia la salida y dirigiéndose a quienes están al otro lado de la oficina).- ¿Qué pasa? ¿Por qué esa gritería? ¿No saben que el Ministro trabaja?

VOZ DE GUARDIA.- Es culpa de este hombre que quiere verlo y que protesta y hace escándalo porque los de guardia se lo impedimos... Alega que es un compañero de las montañas.

VOZ DEL ORIENTAL.- ¡Alego no, recoño; allí me pegué de tiros, a su lado, mientras tú ibas a la Universidad llevado por tu mamá, seguro!

ÉL. - (Levantándose y poniéndose rápidamente al lado de María, junto al ingreso a su despacho y abriendo la puerta),  
"¡El Oriental!" Eres tú, ¿no es cierto?

EL ORIENTAL. - (Entrando, seguido de dos guardias, que lo encañonan con sus metralletas).- ¡El mismo, pero con cinco años más al hombro!

ÉL.- (Abrazándole).- ¿Por qué no has venido antes a verme?

EL ORIENTAL.- (Señalando a los dos guardias), Despide antes a estos bestias que no me dejaban pasar y después te lo digo.

ÉL.- Cumplen su obligación; son compañeros. Haces mal en insultarlos.

EL ORIENTAL.- Bueno; me excuso.- (A los guardias).- Pero láguense, lo mismo.

("Él", con un ademán, indica a los guardias que se retiren.- Al quedar solos con María, "Él" y "El Oriental" vuelven a abrazarse).

ÉL.- (Presentándole a María).- Mi mujer, la compañera María.

EL ORIENTAL.- (Estrechando la mano de María). ¡Suerte que tiene el compañero Ministro!

ÉL.- (Conduciéndolo hasta su escritorio y haciendo que se siente frente al lugar que él mismo ocupa). Nos casamos al año del triunfo; tenemos ya tres hijos.

EL ORIENTAL.- ¡"Él", el indómito guerrillero, como padre respetable! Perdona, pero no me lo imagino.

MARIA.- Ni yo.

ÉL.- (Riendo).- Ni yo tampoco.- (Pausa).- Y, ahora, dime, ¿por qué no has venido a verme en todos estos cinco años?

EL ORIENTAL.- ¿Para qué iba a molestarte? Yo, guerrillero de la Sierra, luego de la victoria volví a ser campesino. Tú, en cambio, te has vuelto importante hombre público: eres Ministro.

ÉL.- ¿Y crees que es más valioso un Ministro que un campesino?.. (Lentamente, niega con la cabeza).- Depende: todo está en cómo administra uno y cómo el otro siembra o corta caña. -(Pausa). - Y ¿por qué hoy te has decidido a darme, por fin, el placer de verte?

EL ORIENTAL.- ¿Placer, dices?.. ¿Es cierto?.. ¿Cómo sabría yo si daría contento a un Ministro el recibir a un campesino?

ÉL.- ¿Qué Ministro ni qué campesino?.. ¡No friegues, Oriental: no se trata sino de dos guerrilleros, de un par de compañeros!.- (Pausa).- El primero puede hoy ocupar un cargo que quizá mañana entregue al segundo. Nadie es indispensable ni exclusivo, ni nace sabiendo... Los principios y la amistad priman sobre todo. Y creo que tú y yo los tenemos.

EL ORIENTAL.- Me alegra oírtelo. - (Pausa) Hoy me decidí a buscarte para pedirte un servicio... ¿Te acuerdas de mi rifle?

ÉL.- ¿El máuser?

EL ORIENTAL.- Ese mismo... Me acompañó durante todo el combate en las montañas y le tomé cariño.

ÉL.- Es comprensible; quién sabe cuantas veces un arma bien empleada nos salva la vida.

EL ORIENTAL.- Exacto. Y por eso y porque me gusta verlo, porque me recuerda los viejos y buenos tiempos que pasamos juntos, le guardo afecto a mi máuser. - (Pausa). - Pero hay una orden de que el ciudadano común entregue al Ejército del Pueblo las armas de que dispone. Y, en resumen, quieren quitarme mi fusil, por cumplir lo dispuesto, según dicen, por tu Ministerio.

("Él" contempla largamente al Oriental; después a María. Luego toma una hoja de papel, escribe en ella y la tiende al Oriental).

ÉL.- Perdona el error, compañero; pocos como tú tienen derecho para guardar un arma con la que contribuyeron al triunfo de la Revolución y a devolver su dignidad al Pueblo... Pero, por desgracia, la burocracia y los Ministros a veces no captan sino las generalidades y olvidan el valor de las excepciones.- (Pausa).- En este papel te autorizo a conservar tu fusil. Guárdalo cuanto desees: está en las mejores manos.

("El Oriental", emocionado, guarda la autorización y abraza a "Él" y a María).

ÉL.- (Conduciéndolo hasta la salida.- En voz alta).- ¡Guardias!

(Se presentan los dos que, momentos antes, encañonaron al "Oriental" con sus metralletas).

ÉL.- (Señalándoles a éste).- El compañero tiene la puerta de mi despacho abierta cuantas veces venga: es uno de los guerrilleros de la Sierra.

(Los guardias se cuadran ante "El Oriental" quien, en medio de ambos, sale de la oficina).

ÉL.- (Dejándose caer en su asiento, reclinando la cabeza en el respaldo y juntando los párpados), ¿Lo ves, María?- (Ésta se aproxima y acaricia su frente). Tengo razón para pensar que yo no sirvo para el puesto: di una orden general e iba a cometer una injusticia... ¡Qué difícil es no caer, no dar un trapiés, no lesionar a alguien que no lo merece! ¡Menos me duele que me hieran a mí sin motivo que ser causante de un mal contra quien no es culpable! (De un manotazo, arroja al suelo los papeles que tiene sobre el escritorio).- ¿Qué hago yo metido en esto?

(Pacientemente, con dulzura.- María empieza a recoger los papeles dispersos sobre el suelo y a reordenarlos encima del escritorio.- "Él" se levanta, se pone a su lado, le acaricia el cabello y se pone a ayudarla).

ÉL. - Perdona; ya pasó: fue sólo un mal momento.  
(La luz se extingue).

## CUADRO 18

(Instantes luego, se enciende el quinqué que alumbraba el lateral izquierdo y muestra, bebiendo en sus habituales asientos, el Coronel y al Cura.

Tras la ventana se advierte la intensidad de la lluvia).

CORONEL.- (Luego de concluir su vaso y de secarse los labios con el dorso de la diestra).- ¿Qué tenía que ver "Él", en realidad, con todo eso? ¿Nació, acaso, para ser Ministro, orador en conferencias internacionales, hombre público?

CURA.- Hizo bien cuanto hizo. Era un ser íntegro y dio de sí cuanto pudo.

CORONEL. - Pero ¿a qué costo?.. ¡Al precio de atentar contra la persistencia del mito!

CURA.- (Bebiendo ensimismadamente. - Como para sí mismo). - Pero se dio cuenta de ello.

CORONEL.- Advirtió el peligro a tiempo. Y renunció a lo estable, a lo ya hecho... Y rompió las amarras.

CURA.- Puso a un lado a su Sancho interno, armóse de broquel y lanza, embridó nuevamente a Rocinante y cabalgó los campos del mundo, dispuesto a embestir, por igual, monstruos, imperios y hasta molinos de viento...

CORONEL.- Cambió la paz por la leyenda.

CURA.- ¿Acaso no sabemos que el Hijo del Hombre no vino a propagar la paz sino la guerra?.. "Él" fue otra vez Quijote y revivió la prédica de Cristo.

CORONEL.- ¡Qué Quijote, ni Sancho, ni Cristo: Guerrillero y Hombre!  
(Se escucha un trueno. Recrudece la lluvia. Ilumina un relámpago. Parpadea el quinqué. Y se oscurece el lateral izquierdo).

VOZ DEL CORONEL.- ¡Hombre cabal, en compendio! Y, ya se lo he dicho, padre: hablando en términos eclesiásticos: ¡un hombre con un par de huevos catedralicios!

## CUADRO 19

(La luz sobre el lateral derecho muestra una habitación en la casa de "Él". - Sentados ante una mesa baja, encima de la cual se ve una estatua del Quijote, "Él" y "El Jefe" encienden sendos cigarros).

EL JEFE. - Tú no deberías fumar.

ÉL. - En principio, tú tampoco.

EL JEFE. - Pero yo tengo bronquios de acero y no esos de porcelana que tienes tú.

ÉL. - Es cierto; pero también es verdad que nadie se muere la víspera.

EL JEFE. - Tú, como médico, debes saberlo.  
(Ambos exhalan el humo con deleite).

EL JEFE. - ¿Y bien? ¿Qué es eso tan serio que tienes que decirme? Me has invitado a comer a tu casa, has hecho que María cocine para los dos, me ofreces café, ron y un cigarro y estás con una expresión preocupada que te conozco muy bien... ¿Qué hay?

ÉL. - (Alargándole un papel, que saca de un bolsillo). - Lee, es para ti.  
("El Jefe" lee con detenimiento. Dobla cuidadosamente el papel y lo guarda en su chaqueta. - Silencio).

EL JEFE. - Sé que esta decisión no te es fácil y que tú no tomas ninguna sin meditarla.

ÉL. - Así es. Me ha costado inmensamente y he pasado muchas noches de desvelo pensando sobre el paso que estoy dispuesto a dar.  
(Silencio).

EL JEFE. - ¿Por qué quieres irte?

ÉL. - Llevo siete años acompañándote en el Gobierno de este país. ¿No dicen que cada siete años se cumple un ciclo de nuestra vida?

EL JEFE. - ¿Te has cansado?

ÉL. - ¿Crees que nací para ser hombre público, Ministro de Estado?

EL JEFE.- ¿Quién mejor que tú para ocupar este cargo? Tu voz era el clamor de la Revolución, cuando hablabas en los foros internacionales. Los asambleístas estaban pendientes de tus palabras. Tú llevaste un nuevo idioma a sus

reuniones convencionales y adocenadas. (Pausa). - Y, aquí, ¿no te quiere y te venera el Pueblo?.. ¿Acaso no eres mi hermano?

ÉL.- Soy extranjero y éste es mi Pueblo. Tú y yo nacimos de distintos padres, pero somos más hermanos que todos los hermanos.- (Pausa). (Exhala una larga bocanada de humo).- Para que no haya dudas acerca de nuestra hermandad es que te he entregado esa carta de renuncia. Si dejas el puesto, si me marchas lejos, que nadie piense que lo hago por mengua de mi entrañable afecto a ti y a este Pueblo que he adoptado como mío y me ha acogido como a hijo. (Silencio).

EL JEFE. - ¿Qué te fuerza a marcharte, entonces?

ÉL.- La Revolución.- (Pausa).- Ella me llama, ella me reclama, ella me recrimina sentarme diariamente ante mi despacho de Ministro en vez de llevar sus banderas más lejos y más lejos, a todos esos lugares del mundo donde se hace necesaria.- (Enfático).- Y mientras haya una sola injusticia en la tierra la Revolución es necesaria.- (Pausa. Señala la figura del Quijote).- ¿Recuerdas?.. El Quijote dijo que él no habría tenido coraje ni para matar una pulga si no hubiera contado con el valor que Dulcinea prestaba a su brazo. Y yo a ti te confieso que Revolución es el nombre de mi Dulcinea. (Silencio.- Los dos fuman, ensimismadamente).

EL JEFE.- ¿Te acuerdas? Allá, en las montañas, nos inquietaba pensar cómo sería la existencia al término del combate, después de la victoria. Y hubo quien dijo: "cuando la aventura acaba principia el tedio"... (Pausa).- Pero entonces éramos jóvenes.- (Pausa).- ¿Tu decisión tiene que ver con esto?

ÉL.- En parte. La edad también cuenta. Y presiento que yo estoy llegando al límite que mi Dulcinea tolera. Se trata de una novia con derecho a ser exigente y cuya conquista demanda duros esfuerzos físicos y resistencia de hierro... El lecho de la Revolución es casi inaccesible para un obeso o un artrítico.

EL JEFE.- (Sonriendo).- ¿Y de ahí tu apresuramiento?

ÉL. - Acaso.  
(Ríen ambos, Fuman después, en silencio).

EL JEFE.- Créeme que te entiendo. Y, en buena parte, te envidio. Pero yo no tengo derecho a ser más Quijote, sino sólo el de ser Sancho.

ÉL. - Quizá toca, como al fin de la novela, la inversión de papeles que señaló Cervantes... Yo te admiré por asaltar fortalezas y derrumbar gigantes. .

EL JEFE. - Pero ahora me toca ser gobernador de Barataria.

ÉL. - Sé sabio, como Sancho, al gobernarla.

EL JEFE. - Tengo que serlo: la amo hasta el punto de renunciar a Rocinante.  
(Silencio).

EL JEFE.- (Levantándose).- Debo irme, es tarde.- (Indica el bolsillo donde guardó la carta de renuncia).- Guardaré este escrito con el mayor cariño. Sólo lo haré público en caso enteramente necesario.(Acompañado por "Él", se encamina hacia la salida. Se vuelve entonces y pone la diestra sobre uno de sus hombros).- Aunque esté físicamente lejos de ti, aun cuando la maledicencia propague que te he abandonado, debes saber que, en una u otra forma, estaré a tu lado y te querré como a hermano.  
(Ambos se abrazan estrechamente).

EL JEFE.- Despideme de María. Y dile que ha cocinado deliciosamente. - (Sale).  
("Él" permanece mirándolo alejarse. - Ingresó María y se pone a su lado. - "Él" pasa un brazo sobre sus hombros).

MARÍA.- ¿Se lo dijiste?

ÉL. - Sí, leyó mi carta de renuncia y mis razones para alejarme... Me ha entendido. Nos hemos despedido fraternalmente.- (Pausa).- ¿Y tú, también me entiendes?

MARÍA.- Te entiendo. Y no esperaba de ti otra cosa.

ÉL.- ¿Me perdonas?

MARÍA.- Nada tengo que perdonarte. He tenido la suerte de ser tu mujer, tu compañera, de vivir a tu lado varios años. Te vas ahora porque eres esencialmente guerrillero y llevar la Revolución es tu destino. Siempre me lo dijiste; jamás me has engañado, por tanto. No tengo, pues, derecho a quejarme... Perdóname más bien tú por no acompañarte: tengo que cuidar tres hijos.

ÉL.- Si acaso no regreso o si demoro mucho mi vuelta, el Estado velará por ti y por ellos. - (Pausa). -Si eso sucede, díles, por favor, que su padre tuvo que partir porque el revolucionario combatió el Mal y, por tanto, tendrá que luchar hasta vencerlo radicalmente. Díles que fui revolucionario, o sea, una especie de eterno perseguido o de antiguo cristiano que sabe que un día habrá de terminar la clandestinidad y la catacumba para propagar los nuevos Evangelios y combatir a los romanos imperiales de turno y a los fariseos que se ponen a su servicio... Díles que partí para tratar de que alcancen libertad y justicia otros pueblos y que el hombre tiene que combatir por eso pues jamás debe sentirse extranjero, ya que las fronteras no son sino divisiones inventadas por la soberbia, el egoísmo, el orgullo, el temor y el recelo. Díles...

MARÍA.- (Poniendo un índice sobre sus labios), ¡Chtsss! Les diré, solamente, que su padre valió más que todas las explicaciones, que todas las convenciones, y les dejó el mejor legado del mundo: su ejemplo.

("Él" toma la cara de María entre sus manos. Los dos se contemplan largamente.- Se va oscureciendo el lateral derecho hasta hacerse tiniebla completa).

## CUADRO 20

(Tenue iluminación del quinqué, sobre el lateral izquierdo.- Sombras del Coronel y del Cura, en sus asientos habituales).

CURA.- ¡Sí, fue como si la Revolución, quizá la Gloria, le hubiesen dicho: "deja a tu padre y a tu madre, a tus hijos, a tus propiedades: toma tu cruz y sígueme"! Y él no vaciló. Hizo a un lado su familia, los honores, los amigos, el alto sitio que por mérito propio le había sido concedido, y obedeció al llamado.

CORONEL.- ¿Loco, insatisfecho, vanidoso?

CURA.- ¡Hombre, guerrillero eterno, Quijote, Cristo, visionario, pero forjador de su destino! Enfrentándose incluso a la edad, al despiadado alud del tiempo, a la incompreensión de muchos, a fuerzas poderosísimas empeñadas en perseguirlo y aniquilarlo, descendió de la poltrona de Ministro para ser jinete en la silla de Rocinante. Y, como el antiguo bardo, recitando el hermoso, cruel, terrible y alucinante poema dedicado a su dama, doña Dulcinea-Revolución, reemprendió el camino de los corazones jóvenes y arremetió contra castillos juzgados inaccesibles.

CORONEL.- Y acabó crucificado.

CURA.- (Golpeando la mesa con el puño), ¿Qué importa eso si gestó la leyenda y el mito e hilvanó, como pocos, el tul de la esperanza? ¿Qué importa si hizo imperecedero su destino?

CORONEL.- (Riendo). - ¡Rememorando a "Él" hasta poeta se nos vuelve el curita!

CURA.- (Volviendo a golpear la mesa).- ¡No friegue, Coronel, no friegue!

CORONEL.- (Volviendo a reír), ¿Por qué se violenta, padre?

CURA.- ¿Y por qué no? ¿Acaso no es algo humano? ¿No echó Cristo a latigazos a los mercaderes del templo?

CORONEL.- ¿Quiere usted largarme de este recinto?

CURA.- (Evasivo).- Sigue lloviendo.- (Pausa).- Bebamos.  
(Toman de sus vasos, absortos en sus pensamientos).

CORONEL.- ¿Y luego?.. ¿Cómo llegó al lugar de su cita con la muerte?

CURA.- ¡Su cita con la muerte-, eso está bien dicho! Desde muchacho la mimó, la mantuvo a su lado, la enamoró mejor que ningún hombre. (Pausa).- Sé que después de su renuncia no partió de inmediato. Se perdió de vista por un tiempo.

CORONEL.- (Como para sí).- Los cuarenta días de retiro en el desierto.

CURA.- Y después su ser se tomó ubicuo.

CORONEL.- También como Cristo.

CURA.- O como cualquier ser portentoso.  
(Se apaga la débil claridad del quinqué. En la oscuridad total, a ritmo cada vez más vertiginoso, se escuchan

VOCES MEGAFÓNICAS. - ¡"Él" está en el Congo"!...!"Él" ha sido visto en Guatemala"!...!"Él" descubierto en Venezuela"!.. ¡"Él" visita en el Perú ruinas incaicas!"... ¡"Él" se oculta en Guayaquil!"... ¡"Él" ha muerto en el Brasil"!.. ¡"Él" ha resucitado: reaparece en Bolivia"!.. ¡"Él" es absorbido por la Selva"!..i "Él" está! "¡Él" no está"... ¡"Él", "Él", "Él"... "Él"!  
(Silencio)

VOZ DEL CURA.- Y, como Cristo en el huerto de Getsemaní, "Él", en la jungla, no apartó de sí el cáliz del sacrificio y lo bebió hasta las heces.

## CUADRO 21

(En el lateral derecho, luz verdosa, espectral casi, muestra un rincón de la Selva. De la rama de un árbol, al pie del cual se ve una mochila y, sobre ella, una metralleta, "Él" pende, amarrarlo de las muñecas. Tira hacia atrás la cabeza y aspira angustiosamente. Hace un esfuerzo, se contrae y respira con fatiga).

ÉL.- (Gritando).- ¡Ya!  
(A paso rápido, con sendas metralletas en banderola, aparecen "El Mambí" y "El Cholo").

EL MAMBÍ.- ¿Qué pasa?

ÉL.- Descuélguenme.  
( "El Mambí" y "El Cholo" lo desatan).

ÉL.- (Frotándose las muñecas y sentándose, con la metralleta sobre sus rodillas, bajo el árbol, en cuyo tronco reclina la espalda).- Es duro esto de colgarse, pero descongestiona los bronquios... Ahora, al menos, he vencido el ahogo.

EL CHOLO.- Esta vez sufriste un ataque largo.

EL MAMBÍ.- El clima endemoniado de esta selva no puede hacerle bien a nadie... Menos a un enfermo de las vías respiratorias.

ÉL.- Todo puede superarse... En las montañas también tuve problemas. Y, ya ves: bajamos de ellas, derrotamos a todo un Ejército y... acabé de Ministro.

EL MAMBÍ.- Ese clima no es tan dañino como éste y tú tenías como doce años menos.

EL CHOLO.- Y la situación era distinta. Allí se contaba con la ayuda o simpatía de buena parte del Pueblo.

EL MAMBÍ.- Aquí, en cambio, somos completamente extranjeros, nos miran con recelo, como si tuviéramos sarna, y los pocos campesinos que nos escuchan dan la impresión de no entendernos.

EL CHOLO.- ¿Qué sabrán estos analfabetos de revolución social, lucha de clases o marxismo?

ÉL.- Sin haberlo estudiado nadie sabe de eso... y para ellos se trata de palabras nunca oídas, casi de un idioma ajeno.

EL MAMBÍ.- Lo concreto es que cada vez estamos más cercados por las tropas regulares, más hostigados, más perseguidos.

EL CHOLO.- Y más hambrientos, más sedientos, más agotados, más solos.  
("Él", en tanto, de su mochila, junto al árbol, ha sacado una navaja. Se despoja de un zapato y con ella hace un corte cuidadoso en el pie liberado).

ÉL.- (Como para sí). - Callos y hasta un ántrax: eso sí que es malo. - (Mirando a sus compañeros). - Los pies de un guerrillero son más importantes que su fusil; de ahí la importancia de contar con buenos zapatos.

EL MAMBÍ.- ¡Y los nuestros están hechos una verdadera mierda!

EL CHOLO.- ¡Estamos reventados en toda la línea! ¡Ya nos mataron muchos compañeros y escapamos de milagro!.. ¿Adónde vamos ahora?

ÉL.- (Guardando la navaja en la mochila y sacando un libro de ella, que hojea).- Se trata de escapar, ¿no es cierto?

EL MAMBÍ.- ¡Y te pones a leer!

ÉL.- ¿Sugieres algo mejor?.. Debemos descansar un poco y, además, pronto empezará la oscuridad.  
(Silencio).

EL CHOLO.- (Poniéndose a su lado y sacudiéndolo por un hombro).- ¿Qué vamos a hacer?

ÉL.- (Mostrándole el libro). - ¿Ya ves para qué sirve leer?.. Éstos son poemas de César Vallejo, un cholo bravo, como tú. Él respondió a tu pregunta.- (Señala sobre el libro).- Aquí está escrito: "¡Hay, hermanos, muchísimo que hacer!" - (Levanta los ojos del libro y los fija en sus compañeros). - Eso es lo cierto: por desgracia o por ventura, siempre, ¡siempre!, hay muchísimo que hacer.  
(Los tres se miran en silencio.- Se hace oscuridad completa).

VOZ DEL CORONEL.- (Desde el lateral opuesto, asimismo en tinieblas). - ¿Por qué ese afán de seguir, ese empeño de afrontar el peligro y la muerte, so pretexto de propagar la Revolución y de hablar de libertad? ¿Cómo darse a comprender con frases más enigmáticas que las parábolas de Cristo? ¿Adónde iban, en verdad?

VOZ DEL CURA.- ¿El fin de la viacrucis no es acaso la cruz?...

## CUADRO 22

(Sobre el lateral derecho, luz de amanecer muestra a "Él", sentado bajo el árbol de la selva, en cuyo tronco apoya la espalda. Escribe en un cuaderno de notas, dispuesto sobre varios libros, que sostiene encima de sus rodillas. A su lado, la metralleta y la mochila. - Al cabo de unos segundos, ingresan "El Mambí" y "El Cholo").

EL MAMBÍ.- (Parándose junto a "Él" y enseñándole algo que lleva en las manos).- ¡Mira lo que ha conseguido "El Cholo"!

ÉL.- ¡Un momento, "Mambí"; no me cortes las ideas!

EL CHOLO.- Ya los probamos: no están malos. Un poco gelatinosos y salados.

EL MAMBÍ.- (Acercándole las manos), ¿Quieres probar?

ÉL.- (Mirando lo que le ofrecen).- Son cangrejos de tierra.- (Toma uno y lo gusta. Lo arroja al suelo de inmediato y escupe).- ¡Salmuera pura!

EL MAMBÍ.- Quitan el hambre.

ÉL.- Pero aumentan la sed y ésta se resiste menos.

EL MAMBÍ.- Ya encontraremos agua.

ÉL.- ¿Quién garantiza cuándo?- (Continúa escribiendo).

EL CHOLO.- (Señalándolos).- ¿No te molesta en la mochila el peso de esos libros?

ÉL.- ¿El Quijote? ¿La prosa de Martí, los poemas de Neruda y de Vallejo? ¿Pesar eso?.. (Mueve negativamente la cabeza), ¡Todo lo contrario! ¡Hacen soñar, permiten un vuelo más alto que el de los pájaros! .-(Sigue escribiendo).

EL MAMBÍ.- ¿Memorias?

ÉL.- Apuntes para el futuro.

EL MAMBÍ.- ¿Hay futuro?

ÉL.- Siempre.

EL MAMBÍ.- ¿Y no hay vanidad en escribir pensando en el futuro?

ÉL.- (Terminando de escribir y guardando la libreta y los libros en la mochila). - No cuando se cree que lo escrito puede servir a los otros... a quienes nos reemplazarán, a quienes vendrán luego.- (Puesto en pie, se cuelga a los hombros la metralleta y la mochila. - Ríe). - ¿Y crees que cabe vanidad con esto (muestra los zapatos rotos), esto (enseña los desgarrones de su vestimenta) y esto? (Pasa ambas manos por su cara). ("El Mambí" y "El Cholo" se unen a su risa).

ÉL.- (Empezando a caminar).- Vamos.

EL CHOLO.- ¿Adónde?

ÉL.- Donde salgamos... donde nos lleve el destino.  
(Sale por el mismo lateral, seguido por sus compañeros, La escena se oscurece).

VOZ DEL CURA. - (Desde las tinieblas del lateral contrario).- Había llegado el tiempo de la tragedia.

VOZ DEL CORONEL.- En él me correspondió una parte... Lo conozco mejor que usted; no necesito que me lo narre.- (Pausa). - Hubo traición y monedas.

VOZ DEL CURA.- Por Cristo, treinta de plata.

VOZ DEL CORONEL.- Por "Él", cuatro mil doscientos dólares, que ofreció una entidad extranjera.

VOZ DEL CURA. - Métodos imperialistas de hace dos mil años, válidos aún en nuestra época.

### **CUADRO 23**

(Sobre el lateral derecho, luz de atardecer ilumina un campamento militar en la Selva.- Ante una mesa rústica se sienta el Coronel Santana. Frente a él, de pie, una pueblerina indígena, muy anciana. A su lado, un soldado).

SOLDADO.- Ésta, mi Coronel, es la mujer que insistió en hablarle. Alega que lo que tiene que comunicarle es importante.

CORONEL.- (A la vieja).- Habla.

VIEJA.- ¿Prometen protegerme luego?

CORONEL.- (Irritado).- ¿No sabes quiénes somos los "Ranger"? Nadie puede protegerte más que nosotros en todo el territorio.

VIEJA.- Bueno, pues... Si es así... (Pausa).- He visto a los guerrilleros.

CORONEL.- (Escéptico).- ¿Cómo sabes que son ellos?

VIEJA. - Me conversaron, pues. Y visten de otra forma y hablan como extranjeros y son malos como demonios.

CORONEL.- ¿Por qué?

VIEJA.- Porque van rotos y sucios y con barbas feas y mencionan cosas que no se entienden y suenan a mentirosas.

CORONEL.- ¿Como cuáles?

VIEJA.- No sé qué de algo así como lucha de clases", de "reivindicaciones sociales" y de que los pobres no debemos temer el triunfo de sus ideas porque no tenemos nada pa perder, sino nuestras cadenas.(Ríe). - Y ahí les pesqué sus mentiras, pues. ¿Qué cadenas son ésas? Yo soy pobre y nunca las he tenío, pues. - (Muestra sus muñecas). - Ni aquí, (señala luego sus tobillos), ni aquí tampoco tengo huella de sus marcas.- (Ríe, mostrando sus encías desdentadas).- ¡Guerrilleros son, pues; sucios, barbados y mentirosos, pues! ¿Qué cadenas me citaban?...

CORONEL.- ¿Y dónde estarán ahora?

VIEJA.- Después de pasar por mi cabaña, se internaron en la selva.

CORONEL.- ¿Cuándo?

VIEJA.- Tres noches hace.

CORONEL.- Estarán lejos, entonces.

VIEJA.- Pero podremos dar con ellos.

CORONEL.- ¿Cómo?

VIEJA.- Encargué a un sobrino mío que les siguiera los pasos. Se han detenido porque andan medio jodidos, pues, hambreados y sedientos y cansaos. Yo no les di nada en mi cabaña; ni mi sobrino tampoco. ¡Con las justas nos alcanza! ¡Apenitas tenemos una cabra!

CORONEL.- Hicieron bien. Esos hombres son extranjeros y enemigos de nuestro Gobierno.

VIEJA.- Yo sabía que eran malos como diablos.

CORONEL.- ¿Qué es de tu sobrino?

VIEJA.- Me espera aquí nomás, a unos quinientos pasos.

CORONEL.- ¿Cuántos son?

VIEJA.- ¿Los malos?.. Tres.

CORONEL.- (Al soldado).- Reúne a toda la tropa. Y que carguen metralleta.

SOLDADO.- (Cuadrándose).- A la orden... Con permiso, mi Coronel.- (Sale).

CORONEL.- ¿Nos guiará tu sobrino de inmediato?

VIEJA.- (Reticente).- Eso depende.

CORONEL.- (Violento).- ¿De qué, vieja de mierda?

VIEJA.- De que nos garanticen la recompensa.

CORONEL.- ¿Qué recompensa?

VIEJA.- Esos dólares que han ofrecido esos otros extranjeros, pues, pa quien ayude a capturar a los guerrilleros.  
(Se oscurece la escena).

VOZ DEL CORONEL.- (Desde el lateral contrario, en tinieblas asimismo). ¡Esta vez la delación y traición fueron también por monedas!

VOZ DEL CURA.- ¡Poder y corrupción practicados por el imperialismo desde Roma hasta ésta época!(Pausa).- ¡Entregados por una vieja ignorante!.. ¿No ve el simbolismo incluso en esto, Coronel? ¡El anacronismo y el conservadurismo sirviendo al imperialismo para oponerse al aire juvenil de la Revolución!.

## CUADRO 24

(Claridad de ocaso sobre el lateral derecho. Se escucha el rumor de un río. Tendidos en el suelo de la selva, "El Cholo" y "El Mambí" beben sus aguas. "Él", a unos pasos, llena una cantimplora. Sus compañeros ríen y retozan con el agua. - Luego, se acuestan de espaldas).

EL CHOLO.- ¿Y, "Mambí"? ¿Seguirás desconfiando del sobrino de la vieja?

EL MAMBÍ.- Tenía motivos: cuando lo conocimos en su cabaña se mostró bastante hostil y no quiso darnos nada.

EL CHOLO.- Pero ahora se ofrece a guiarnos y, de hecho, gracias a él llegamos a este río y saciamos la sed.

EL MAMBÍ.- De todos modos, hay que vigilarlo; no son muy de fiar los campesinos de esta zona.

EL CHOLO.- Tú, "Mambí", eres un receloso.

EL MAMBÍ.- Y tú un gran crédulo.

ÉL.- Y eso es peligroso para un guerrillero: tiene que estar alerta y precavido todo el tiempo.

EL CHOLO.- (Poniéndose en pie y mirando hacia el río). - Hace rato que llegó hasta la otra orilla y se internó entre los árboles.

EL MAMBÍ.- (Poniéndose a su lado).- Quedó en agitar su pañuelo en caso de que no hubiera peligro.  
("Él" se reúne con sus compañeros. Los tres observan el horizonte, en silencio).

ÉL.- (Señalando, de súbito).- ¡Ahí está!

EL CHOLO.- ¡Sí, sí! ¡Y nos da la señal para que pasemos!

ÉL.- Con cuidado. Que no se mojen las armas; mantengámoslas en alto al atravesar la corriente.  
(Los tres se internan en el río, hasta perderse de vista.- Silencio.- Suena una descarga cerrada, seguida de otras, de un violento chapoteo y de gritos).

VOZ DEL CORONEL.- ¡Ya los tenemos! ¡Qué no se escape ninguno!

VOZ DEL CHOLO.- ¡Maldito campesino!

VOZ DEL MAMBÍ.- ¡Traidor de mierda!  
(Resuenan nuevas descargas, seguidos de gritos del "Mambí" y del "Cholo").

VOZ DE ÉL.- ¡"Mambí"!.. ¡"Cholo"!

VOZ DEL CHOLO.- ¡Déjanos! ¡Sálvate tú!.. ¡Nos han herido!  
(Descargas y violentos chapoteos, nuevamente.- Momentos luego, empapado y jadeante, reaparece "Él", sosteniendo a sus dos compañeros, que caen no bien alcanzan la orilla. Se inclina a socorrerlos. Se oye más chapoteos y una nueva descarga. La metralleta que "Él" sostiene en la diestra vuela de su mano. Trata de realanzarla, al instante en que, viniendo del río, se ve aparecer al Coronel Santana y a un grupo de Rangers, que vuelven a dispararle. Lo hieren. Se arrastra hasta el pie de un árbol y se apoya en su tronco. El Coronel y sus hombres lo encañonan).

ÉL.- Soy quien buscan, quien persiguen... Soy "Él".  
(Se oscurece la escena).

VOZ DEL CORONEL.- (Desde la tiniebla del lateral contrario). - ¡Soy "El" murmuró, padre, y jamás me olvidaré de esa primera vez que escuché su voz! ¡Y ni vanidad ni contrasentido había en lo que declaró!.. ¡"Él" era "Él", sólo "Él", únicamente "Él", y eso resumía todo!

## CUADRO 25

(Dispersas luces de quinqués sobre el lateral derecho, muestran una habitación rústica.- Sobre una tarima alta se ve a "Él", ensangrentado.- A sus pies, de uno y otro lado, los cadáveres del "Cholo" y "El Mambí").

1ER. SOLDADO.- (Asomándose a la puerta), ¡Ya te fregaste! ¡De ésta no te escaparás!  
("El" permanece impassible.- El soldado escupe contra el suelo y desaparece.- Silencio).

2º.SOLDADO.- (ingresando violentamente y apuntando su metralleta contra "Él").- ¡Maldito, hijo de perra, vas a morir!

ÉL.- Nadie muere antes de que le llegue la hora.

2º. SOLDADO.- ¡Pues la tuya ya no tardará!

ÉL.- (Dulcemente).- ¿Por qué me odias?

2º. SOLDADO.- ¿Tú no eres extranjero? ¿Qué has venido a hacer en mi país?

ÉL.- ¿Qué son las fronteras sino una convención para separarnos?.. (Pausa).- Me siento hermano de todos los que luchan contra la opresión.

2º. SOLDADO.- (Con rabia).- ¿Y por eso tu guerrilla tuvo que matar a mi hermano? Él no te había hecho nada; era un simple soldado, como yo.

ÉL.- Lo siento, lo siento de verdad. Mi combate no es contra gente como tu hermano ni como tú.- (Pausa).- Si murió es porque fue un hombre.

(El 2º. Soldado lo mira con fijeza. Gira luego y sale con rapidez.- Silencio.- Al cabo de unos segundos, a pasos lentos, entra el Coronel Santana y se detiene junto a la litera donde yace herido "Él").

ÉL.- ¿Qué pasa, Coronel? No veo en usted la expresión alegre del cazador que ha apresado a la fiera.

CORONEL.- Un animal herido da más lástima que placer.

ÉL.- Pero su Gobierno y los extranjeros que lo mandan deben estar felices de saber que caí.- (Pausa). ¿Espera la orden de ellos para hacerme matar?

CORONEL.- Ya la recibí.

ÉL.- ¡Ah!- (Pausa), ¿Qué espera para proceder?  
(El Coronel lo contempla con detenimiento, en tanto su diestra oprime la culata de la metralleta que porta. - Silencio).

CORONEL.- No he aprendido a asesinar.- (Bruscamente da media vuelta y sale con rapidez.-Silencio. Instantes luego ingresa el 1er. Soldado).

1 ER. SOLDADO.- (Quedando a pocos pasos de "Él" y apuntándole con su metralleta).- ¡Ya te fregaste!

ÉL.- Eso ya me lo dijiste antes.- (Pausa).- ¿Y por qué crees que ya me fregué?

1ER. SOLDADO.- Porque vas a morir.

ÉL.- ¿Y eso es fregarse?. - (Pausa). - A veces es vivir.

1ER. SOLDADO.- ¡Deja de hablar idioteces!- (Pausa).He recibido la orden: voy a disparar hasta matarte.

ÉL.- ¿Y por qué tiemblas, entonces? ¡Cumple de una vez! Quizá sea la orden más importante que recibirás en tu vida. Vas a matar a un hombre. Para eso, hombre tienes que ser.  
(El 1er. Soldado empieza a bajar su metralleta, lentamente).

ÉL.- (Enérgicamente).- ¡Cumple! ¡No vaciles! ¡Aprende a matar a un hombre! ¡Dispara, dispara de una vez!  
(El 1er. Soldado grita, al tiempo que dispara una ráfaga.- La escena se oscurece de inmediato).

## CUADRO 26

(Hacia el lateral izquierdo, se oye el trueno de una tormenta que se aleja. - Luz de alba, filtrándose por la ventana, muestra la habitación del Cura y a éste y al Coronel, consumiendo la segunda damajuana de aguardiente).

CURA.- Yo también lo vi. Cuando supe de su muerte, fui a darle la bendición.

CORONEL.- (Irónico).- ¿Cree que le hiciera falta?

CURA.- Menos que a otros; pero, en todo caso, soy sacerdote y "Él" era un ser humano. - (Pausa, Termina su vaso y vuelve a servirse).- Allí estaba, en su tarima tosca y burda, con sus dos compañeros muertos al lado.

CORONEL.- ¡Dimas y Gestas: el ladrón bueno y el malo!

CURA.- ... demacrado, pálido, barbado, más parecido al Nazareno que a sí mismo.- (Pausa).- Pudo haber dicho: "han taladrado mis manos y mis pies, han contado todos mis huesos".- (Bebe).- Y para creer en "Él" era innecesario poner el dedo en sus llagas: bastaba con mirarlo.

CORONEL.- (Señalando el crucifijo.- Sarcástico).- Si sigue usted tan apasionado por la memoria de ese guerrillero acabará poniendo su efígie ensangrentada en esa cruz y cambiando el letrero de INRI por uno que diga "El Hombre".

CURA.- ¿Cree que hace falta eso para mantener su culto?.. Jóvenes de todo el mundo llevan su imagen en el pecho y ponen su retrato en el lugar que antaño se destinaba al de Cristo.  
(Ambos beben en silencio.- Muy lejano, llega el fragor de un postrer trueno).

CORONEL.- (Mirando hacia la ventana).- Apenas llovizna. Terminó la noche. - (Sacude la garrafa).Concluyó la segunda botella. Y ha pasado la tormenta.

CURA.- Y de "Él", ¿qué queda? ¿El médico, el taumaturgo, el visionario, el mártir, el santo, el Ministro, el Cristo, el Quijote, el Sancho, el guerrillero eterno?

CORONEL.- Conformémonos con el hombre.

CURA.- (Enfático), El hombre verdadero.

(De fuera, llega el ruido de una puerta cuyos goznes chirrían al abrirse, seguido del repiqueteo de los cascos de una cabalgadura. Instantes luego, ingresa Pedro).

PEDRO.- (Al Coronel). - Ya amanece y ha escampado. Saqué su mula del establo.

CORONEL.- ¿Estás echándome?- (Se levanta).- En todo caso, he pasado aquí demasiado tiempo. Me esperan en el cuartel: he de marcharme.- (Saca unos billetes de un bolsillo y los alarga a Pedro).- Cóbrate el servicio de cuidar mi mula y el valor de los tragos que tu tío y yo hemos tomado.

PEDRO.- Jamás recibiré nada de usted. Guárdese su dinero.

CORONEL.- (Aproximándose a él y mirándolo con detenimiento). ¿Tanto me detestas?.. ¿Porqué? ¿Porque hice ejecutar la orden de matar a tu héroe?

PEDRO.- (Violento).- ¿Por qué le cortaron las manos?

CORONEL.- (Confuso).- No sé, no sé... Fue una disposición del Alto Mando... Quizá de los mismos extranjeros que ofrecieron cuatro mil doscientos dólares por capturarlo.

PEDRO.- ¿Y qué hicieron de su cuerpo?

CURA.- No se sabe a ciencia cierta... Se sepultó en secreto.

PEDRO.- ¿No estará ese sepulcro vacío? ¿Qué me dice, Coronel, si "Él", como Cristo, ha resucitado?

CORONEL.- (Iniciando el mutis, en modo precipitado).- Adiós; me voy: es tarde.

PEDRO.- (Siguiéndolo).- ¡Váyase lejos, Coronel, y tenga cuidado: los jóvenes sabemos que esas manos cortadas han salido de nuevo por la Tierra, aferran otra vez el fusil y reinician la Revolución, día a día, de uno a otro extremo del

mundo!

(El Coronel sale de escena, seguido por Pedro y el Cura... Se escucha el galope de una cabalgadura, que se aleja).

VOZ DEL CORONEL. - (Desde la distancia). - ¿No piensas, Pedro que "Él" podría decir "he arado en el mar" como Bolívar?

VOZ DE PEDRO.- (Vehemente, enérgica, casi en un grito).- ¡No, Coronel; nada de eso! "Él" sólo dice: "Vuelvo a cabalgar en Rocinante, otra vez, y otra, y otra, y otra... hasta que la Revolución triunfe en todas partes!

## **T E L Ó N**

La Habana, 9 de abril de 1979.